

# NOSOTROS

## PAJAROS FRITOS

Del próximo libro •*Filosofundo*•

En cuanto llega el invierno, el transeunte advierte en muchos escaparates de pastelerías, tocinerías, tabernas y tiendas de comestibles de Madrid, rimeros enormes de pájaros fritos.

Son éstos, el manjar más succulento de la gente modesta, de la clase media y aún de la pobre; pues el precio varía desde dos sueldos hasta cuatro y cinco la pieza, según el lujo del escaparate, y sobre todo, según la antigüedad de los pájaros.

Gracias á la temperatura, los míseros animalitos, ya de suyo se conservan frescos por tres y cuatro días.

Una vez fritos, su duración es ilimitada.

Ahí están, ennegrecidos, en actitudes trágicas, una semana ó más, sin otra variación sensible que la del precio.

Cuando el vendedor advierte que la manteca se ha embebido... los frie de nuevo y rebaja algunos céntimos á la pieza.

Pero en lo general no hay necesidad de esto: los pájaros fritos se venden por docenas y en algunas casas acreditadas el enorme montón se renueva á diario en el escaparate.

Os aseguro que una de las impresiones más indefinibles de mi vida fué la visión primera y desconsoladora de estos pájaros muertos (y además fritos) que el madrileño devora con deleite.

Hemos convenido en que un servidor de ustedes es sentimental, tanto más impenitente cuanto menos de moda está el sentimentalismo; pero es por desgracia un sentimental del peor género; del más odioso género; el espectáculo de los dolores humanos lo conmueve medianamente; el espectáculo del dolor en una bestia, lo hiere del modo más raro.

Este servidor de ustedes, posee una sensibilidad de tal suerte desviada y ridícula, que sería incapaz de golpear á un perro, á un caballo... ni siquiera á un mulo... ni siquiera á un sapo.

La bestia es para él, algo sagrado, por inocente, por indefensa y por que mientras el hombre se aparta de su fin y desvanece cada día más en su espíritu la oculta huella, el signo enigmático de su parentesco con los dioses, la bestia conserva el admirable secreto de su origen. Es como fué al principio, á pesar de que también evoluciona, y «sabe y se acuerda» del génesis arcano que nosotros hemos olvidado.

¿Inferior á nosotros?

Y porqué! Porqué no habla? Pero si esto es una superioridad!

¿Porqué no escribe? Pero si esto es otra superioridad! Porque no se viste á la moda y lleva en el pecho condecoraciones?

Si las bestias y el hombre no siempre se entienden, culpa es del hombre y nó de la bestia. Ellas piensan pero piensan de otro modo, porque viven en otro *plano*.

Su pensamiento, ¿es superior ó inferior al nuestro? Ni lo uno ni lo otro: es simplemente distinto.

Creo que fué Augusto Comte quien llamó á los animales «Nuestros hermanos inferiores». Este sabio era demasiado orgulloso. San Francisco de Asis los había llamado mucho antes «hermanos» á secas.

\* \* \*

La observación de las bestias nos acerca al misterio, á la explicación de muchas cosas ocultas. Tienen ellas aún el instinto en toda su pureza integral, y el instinto se lo dió ese ser incognoscible que fué antes que todas las nebulosas y que será después de todos los fines.

Pero ¿á dónde vá á dar un servidor de ustedes con tales filosofías á propósito de pájaros fritos?

Ay! ya os decía que mi sentimentalismo era ridículo; solo que por no abrumaros demasiado, no os había dicho que era también filosófico!

Ahora bien, este servidor encuentra que en el mundo hay dos cosas sublimes por excelencia; la flor y el pájaro.

La flor, porque además de su belleza suprema, de su admirable organización, de su silencio y su paciencia divinos, es la muestra más palpable del amor de Dios á los hombres, ¿Sabéis la razón? No soy yo quien la dá, sino un pensador inglés «porque es propio de la justicia dar lo necesario, como el alimento, en la tierra germinadora; el abrigo, en el vellón de los corderos; la luz, el agua. Pero solo del amor es propio dar lo supérfluo, y las flores son supérfluas, son la más adorable superfluidad de la creación».

En cuanto á los pájaros, tras de su inmensa utilidad para la agricultura, además de su belleza y de su gracia, tienen el privilegio del vuelo, ese privilegio que acaso en otros planetas pertenece á las especies superiores, y no es decible lo que han contribuído á que la humanidad avance.

No creais que es paradoja: el hombre ha avanzado, se ha perfeccionado viendo volar á los pájaros. Son ellos quienes han alimentado durante los milenarios sus poderosos y santos anhelos.

Sintiendo envidia del pájaro, viendo emigrar á la golondrina, mecerse en el aire á la gaviota, elevarse, vertical hacia la luz del sol, con un canto de triunfo, á la alondra, es como el hombre en el principio de las edades se sintió movido por fuerzas invencibles y «surcó el piélago azulado y midió el orbe de la tierra».

Y ahora, la conquista reina de todas las conquistas, la del aire, en su más reciente forma: el aeroplano, se la deberemos así mismo á la concienzuda observación del ave y, no será más que una parodia del vuelo! . . .

\* \* \*

¿Por qué entonces odia el hombre al pájaro?

¿Por qué satisface la vanidad de las mujeres matándolos á millares para adornar sombreros? . . .

¿Y por qué los fríe!

¿Y por qué se los come?

¿Vamos por ventura á despoblar el universo de esa celeste «joya del aire?».

Muy pronto en los bosques ya no romperá el silencio pá-nico, ningún gorjeo cristalino, muy pronto no sonará en la altura ese crujir de seda de las bandadas de tordos negros, de gorriones castaños y de golondrinas azuladas!

El hombre habrá logrado volver á la naturaleza tan es-túpida, como sus ciudades, tan árida y fría como su pensa-miento, tan hosca como su dinero y su avaricia!

En esta civilización en que nos interesamos por tantas cosas tontas frívolas, anodinas, ¡qué pocos son los que se in-teresaban por los pájaros!

Los cazadores aristocráticos los abaten sin misericordia durante el invierno y los proveedores de la ciudad, los cam-pesinos, astutos solo para engañarlos, aprisionan en sus re-des á centenares de aves hermosas; junto al pardillo cae el tordo, junto al gorrión la lírica alondra. Y una mano, ágil también sólo para eso, los despluma con sorprendente diligencia, y los arroja en confusión, torcidos, con los dé-biles apéndices caricaturizando muñones, con las pobres cabecitas mostrando negras y desconsoladas las cavernas donde antes se movían los avizores ojos luminosos, que sabían desde la rama atalayarlo todo, los arroja, digo, en promiscuidad horrible á la candente cacerola. . .

O bien un preparador más ágil todavía, los vuelve gra-cias á su triste química, cadáveres de lujo, momias emplu-madas que tornasolean después en los infinitos sombreros de mujer.

Y así ha logrado el «Rey de la Creación», hacer de esta un feudo insípido y tedioso. . .

Podéis ya atravesar países, comarcas, reinos, repúbli-cas enteras, sin que os molesten ni los píos ni el aleteo, ni «la no aprendida canción» de los pájaros.

«¿Qué habéis hecho de los ruiseñores, de las alondras, de los jilgueros, qué habéis hecho de esos divinos donaires del viento que yo os di amoroso para mitigar el tedio de vuestra existencia?» podría preguntarnos la voz arcana que surge á veces de la sombra.

—Señor,—le responderíamos con un gesto pueril ó goloso.—Los hemos disecado... nos los hemos comido!

AMADO NERVO.

## COPLAS DE LA TIERRA

---

Petenera y Vidalita

---

I

Nuestro ilustre huésped el Sr. Juan Antonio Cavestany, acaba de publicar en Madrid un volumen de versos con el título de *Tras los mares*, que incita á curiosoear lo que atesoran sus páginas, por el asunto y la acreditada firma que lo abona.

Desde la dedicatoria, se advierte que aquello es un manojo de cantares ofrecido á la Argentina y Chile, á manera de prenda promisoría de la simpatía y de la fraternidad de afectos del autor hacia dos pueblos á quienes lo atraen los vínculos seculares de la raza y el verbo sonoro del común idioma.

Es, pues, un saludo de bardo cuya cortesanía hasta excesiva por la belleza de las mujeres sudamericanas no puede ser materia de comentarios, desde que es don de poetas el ser gentiles, y no sería tampoco cortés el discutir aquí la forma con que ha sido rendido ese homenaje, ni aquilatar el mérito artístico de sus versos fáciles que ruedan á través de las doscientas páginas del libro, como una cascada abundosa de armonías que brotaron apresuradas de su pluma en el breve espacio de noventa días.

El señor Cavestany, es sevillano, de la tierra fecunda en ingenios, de la región de la luz y los floridos verjeles; tiene como todos los hijos de aquel pueblo galante y rimador el verso á flor de labios, no es maravilla entonces que haya realizado su proeza de fecundidad escribiendo un libro lírico en el tiempo que Heredia habría empleado en cincelar

un par de sonetos como «El viejo orfebre» ó «Los conquistadores».

Pero se cuenta que Lope de Vega, su insigne paisano, escribió cerca de dos mil comedias en verso, muchas de las cuales no le costaron más que un día de trabajo, como él mismo lo asegura en el conocido distico:

Y más de ciento en horas veinticuatro  
Pasaron de las musas al teatro.

Pero lo repetimos, no es nuestro propósito discutir el valor de la obra poética condensada en este volumen. Que de esa tarea para los críticos. Nuestro punto de observación será otro; no se dirigirá al poeta sino al académico, título oficial con que viene investido tan conspicuo heraldo de la madre patria.

El señor Cavestany, es miembro de la real academia española que, según el viejo mote de la venerable institución limpia, fija y da esplendor á la lengua. Con esa honrosa credencial viene precedido su libro; de manera que las voces, los usos y las costumbres de estos pueblos que el poeta



ha reflejado en sus impresiones americanas llevan el pasaporte de lo recogido *in situ* como auténticos, y serán incorporados mañana tal vez, al léxico para enriquecerlo.

He aquí, el punto de nuestra discrepancia que concretamos á la composición «Petenera y Vidalita», en que el autor nos presenta á manera de hermoso símbolo dos cantares característicos de su tierra sevillana y de mi tierra argentina, como si fueran hermanos, nacidos de la misma

sangre andaluza, como «la cadena bendita que junta á toda una raza».

Oigamos entre tanto al poeta :

Recién lanzada con brío  
por una boca hechicera  
volaba una petenera  
por Sevilla, junto al río,

cuando oyó que allá distante,  
como un eco encantador,  
vibraba el dulce rumor  
de otro cantar semejante.

. . . . .

La petenera, asombrada  
por la extraña melodía  
que repetir parecía  
su misma copla acordada,

buscando la explicación  
preguntó con tono seco:  
—¿Es otra voz, ó es el eco  
quién repite esta canción?

Y resonando hasta allí  
repuso una voz lejana:  
—Y\* tú ¿quien eres hermana,  
que me preguntas así?

—¡Hola! ¿Eres otro cantar?  
—Sí — respondióle el segundo.  
—¿Dónde estás? — En otro Mundo,  
muy lejos, pasado el mar....

Pues te pareces á mí  
por tu tono dulce y suave.  
—No sé mi origen. ¡Quién sabe  
si habré nacido de tí!

—¿Te tienes por extranjera?  
—Tu voz mi sospecha incita.  
—¿Tu nombre? — La vidalita.  
—¿Y el tuyo? — La petenera.

—¿Andaluza? — claro está:  
de Sevilla, del Edén....  
—Yo debo tener también  
sangre andaluza. — Quizá.

Tienes rasgos singulares  
que son de la patria mía.  
—Dicen que es Andalucía  
la tierra de los cantares.

. . . . .

Con lo que decir te oí,  
que es, aseguro de nuevo,  
hija esta sangre que llevo  
de la que corre por tí.

.....

Mi esencia es tu misma esencia,  
donde te inspiras me inspiro;  
y acaso, si bien lo miro,  
mi cadencia es tu cadencia.

Esa cadencia moruna  
que habla de noches templadas,  
y de palmeras besadas  
por los rayos de la luna. . . .

.....

Y el poeta que oyó aquel diálogo á través de los mares  
exclama vibrante de lírica emoción :

Volad, canciones divinas;  
volad felices hermanas,  
por las huertas sevillanas  
y las pampas argentinas;

el grato y rítmico són  
de vuestras notas vibrantes,  
junta á dos pueblos distantes  
en una sola canción:

.....

¿Que importan los oceanos,  
si más fuerte que los mares  
dos pueblos en dos cantares  
se dan abrazos de hermanos?

La suerte así los calaza.  
Petenera y Vidalita,  
¡sois la cadena bendita  
que junta á toda una raza!

## II

El pensamiento es, sin duda, generoso y fraternal, y á ser expresión de una verdad étnica el símbolo resultaría realmente hermoso, con esa cadena formada por el ritmo de dos canciones que atan á dos pueblos á través de la inmensidad del mar. Más involutariamente viene á la memoria la reminiscencia de aquella exclamación del famoso soneto: Lástima grande que no sea verdad tanta belleza! . . .

El señor Cavestany, ha repetido sin meditar el concepto,—muy generalizado pero que no es una verdad comprobada,—de que la poesía y la música argentina es la herencia dejada por los conquistadores, producto de la alegría burbujeante del andalúz mezclada á las recónditas tristezas de la Pampa, siendo el gaucho la encarnación que la perpetuó con su áspera vida de penurias en el desamparo del desierto.

Es posible que algunos de los cantos criollos y bailes populares, como la guitarra que sirve para acompañarlos, sean de importación peninsular por la semejanza del ritmo y el aire de las figuras en ciertas danzas, pero nos parece que no han de encontrarse abolenos exóticos en las más características, como El Pericón y El Gato, por su inconfundible cepa nativa.

En cuanto al caso ocurrente pensamos que ese común linaje se rompe, y que por el contrario es fácil demostrar que la petenera y la vidalita en vez de ser hermanas, germinadas en sentimientos afines á punto de semejar la primera, copla acordada de la otra, como dice el señor Cavestany, son completamente diferentes por su origen, la estructura del verso y la cadencia melódica, no teniendo más aire familiar que el idioma aunque bastardeado por el típico ceceo flamenco y las rudas hablas del lenguaje gaucho; es decir una forma de expresión primitiva que las diferencia y aleja en vez de imbrimirles parecido.

La petenera es alegre y triste á la vez; canta la alegría estrepitosa, petulante y bravia de las juergas, y llora penas de amor entre el vocear tumultuoso y ardiente del redondel que excita y alarga la nota con apogiaturas y variantes lastimeras, según la garganta y la habilidad del cantor.

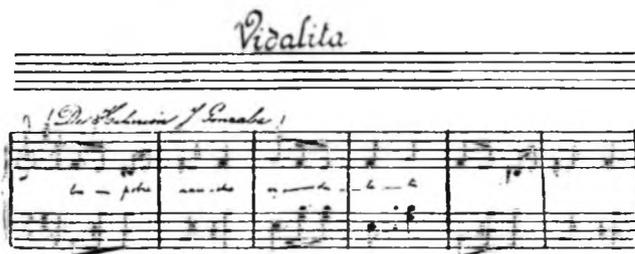
La vidalita, es por el contrario, triste siempre; su música sencilla, su letra casi sin variantes le imprimen un acento sentido de melancolía profunda y resignada, en que parecen flotar los sufrimientos de la raza indígena y los anhelos del alma gaucha que reflejó en aquellas toscas canciones las amarguras de su mortal desamparo. La vidalita es quejido lastimero, es grito hondo de dolor, como lo expresa el estribillo de su canción: ¡Ay, mi vida!

Además, la vidalita no es cantar de la Pampa; han engañado al señor Cavestany, los que le contaron tal cosa. La Pampa tuvo los *tristes* de Santos Vega vertidos en la sonora décima castellana, y los *cielitos* con que Bartolomé Hidalgo enardecía á las masas criollas contra el godó, allá en

la lucha de la independencia empleando el metro del romancero español.

La vidalita es un canto montañés—de tierra adentro— como se dice cuando aludimos á las provincias de La Rioja, Catamarca, Salta y Santiago del Estero, donde aún se encuentran visibles las huellas de la dominación incásica, que fué la que nos trajo ese cantar, pues así lo denuncia su extraño nombre derivado de las voces quíchuas *viday* ó *viditay* que, en la lengua del Cuzco quieren decir: ¡Mi vida! Es ese estribillo *viday*, *viditay* ó *vidala*, según otros, el que con su repetición ha formado el nombre de la canción.

No es posible por otra parte, atribuir su aparición sobre el suelo argentino á una importación andaluza traída por el conquistador, desde que la dominación incásica es mucho anterior como lo atestiguan los monumentos de piedra y los sepulcros y sobretodo los lugares señalados con nombres in-



dígenas que marcan á manera de jalones milenarios el paso de la raza de los indios del Perú, perpetuando su lengua y sus costumbres en una porción de nuestro territorio.

Nos parece más natural buscarle entonces su entroncamiento en la suave tristeza de la *quena* y el *yaraví* peruano cuyo vago quejido plañidero se transparenta y persiste en nuestras vidalitas serranas, por más que hayan abandonado el lenguaje primitivo para amoldarse al idioma del conquistador.

Es digno de observar también que el instrumento predilecto para acompañar dichos cantares, no es la guitarra como podría suponerse, sino una especie de tambor á estar al testimonio de viajeros y exploradores. Y el tambor —*huancar*— en quíchua, servía á los indios para acompañar sus cantos, según dicen Rivero y Tschudi en las *Antigüedades Peruanas*, página 135. Dos escritores contemporá-

neos,—Joaquín V. González y Samuel Lafone Quevedo,—refieren que la vidalita se canta en La Rioja y Catamarca con acompañamiento de tambor.

Dice así el escritor riojano:

«La vidalita tiene su escenario y sus espectadores; es todo un rasgo distintivo de aquellas costumbres casi indígenas, y como el canto de ciertas aves, aparece en la estación propicia. Es cuando los bosques de algarrobos comienzan á despedir sus frutos amarillos de excitante sabor, y cuando el *coyoyo*, de largo y monótono grito, adormece los desiertos valles y los llanos interiores. Entonces ya se comienza á descolgar del clavo los tambores que durmieron un año, cubiertos de polvo, bajo el techo del rancho de *quincha*; se busca cintas para adornarlos, se pone en tensión la piel sonora y se invita á los vecinos, los compañeros de siempre para las serenatas, allí donde ya se tiene preparada la aloja espumante, y donde concurren las muchachas engalanadas y donosas como los árboles nuevos. Ya llega el grupo de cantores, anunciando con suaves sonidos, como á manera de saludo, que van á cantar en su puerta. El tambor bate entonces el acompañamiento, y los duos quejumbrosos hienden el aire sereno de las noches de estio». (1)

En cuanto al segundo, al describir las fiestas del Chiquí la divinidad de la adversa fortuna—para conjurar las plagas en las labranzas refiere que hombres y mujeres se reunían al pie de un algarrobo—el *tacu* venerable—con varias tinajas de aloja y dando vueltas alrededor del tronco bebían la aloja entonando el canto ó *vidala* llamado del Chiquí. (2)

El dato suministrado por estos escritores regionales resulta muy interesante, porque comprueba la supervivencia de las bacanales indias llamadas del Arbol, el Chiquí y la Chaya; ó sea las fiestas del algarrobo que da la aloja, la conjuración del infortunio para las cosechas y la alegría del carnaval, que debieron traer los quichuas pues afirma Montesinos que desde época remota era conocido Chiquí en el Perú como una divinidad siniestra. (3)

El *Tesoro de catamarqueñismos* presenta la siguiente vidalita de las fiestas del carnaval, y agrega el autor que las

(1) JOAQUÍN V. GONZÁLEZ, *Mis montañas*, pág. 47.

(2) SAMUEL A. LAFONE QUEVEDO, *Lóndres y Catamarca*, pág. 250; y *Tesoro de Catamarqueñismos*; pág. 103.

(3) MEMORIAS DE MONTESINOS, esp. XIV; ADÁN QUIROGA, *La Cruz en América*, pág. 113; y JUAN B. AMBROSETTI, *Arqueología calchaquí* pág. 115.

que oyó cantar á los indios bajo un algarrobo eran algo más salvajes y lastimeras.

De aquel cerro verde  
Bajan mis ovejas,  
Unas trasquiladas  
Y otras sin orejas.

Otras sin orejas,  
¡Ay! vidalita, y por el carnaval,  
Por el carnaval,  
¡Ay! vidalita, que se hay acabar.

Que se hay acabar,  
¡Ay! vidalita, al año cabal,  
Al año cabal  
¡Ay! vidalita, cantar y bailar,

Toda la rusticidad de estas coplas selváticas, con su ingenuo y agreste sabor añejo están denunciando su origen indio, y evocan las alegrías de las fiestas bajo la sombra de las arboledas, mientras resonaba en el ambiente el grito de alerta denunciador de la madurez de la algarroba, por el sol que la está quemando: *Inti rupas tian!*...

### III

He aquí ahora, otro ejemplo de la vidalita, tal como se conserva en nuestros días, pero con una variante en el estribillo que la asemeja más á la forma primitiva *vidatay*, para imprimirle su quejumbre profunda:

No hay rama en el monte  
vidalita,  
Que florida esté,  
Todos son despojos  
vidalita,  
Desde que él se fué.

Y esta más antigua aún, de los tiempos de la tiranía, cuando el general Lavalle encontró la muerte, y cuya noticia debió volar por los campos como un largo clamor ante las esperanzas de libertad derrumbadas bruscamente. Un rimador anónimo condensó las palpitaciones y las angustias del alma de las muchedumbres que interrogaban anhelosas, en esta copla popular:

Hombres y mujeres  
¡Ay! vidalita,  
Andan por las calles  
Preguntando á todos,  
¡Ay! vidalita  
Si han muerto á Lavalle...

Compárense ahora estos cantos de dolor y desconsuelo y el coro de voces rudas pero intensas que lanzaron á los vientos la armonía errante de las vidalitas como los sollozos de una raza, con las siguientes peteneras de corte clásico, diré así, por el acento característico y se advertirá al pronto la diferencia que las separa:

Quien te puso petenera  
No te supo poner nombre,  
Más vale te hubiera puesto  
La perdición de los hombres.

Y esta otra que pinta la constancia en el querer:

Subí á la sala del crimen  
Y le dije al presidente:  
Si el querer bien es delito  
Que me condenen á muerte.

O esta que con el pintoresco y gracioso decir flamenco nos presenta el reverso del mismo sentimiento, amplificándolo en una imagen audáz y exagerada, con la hipérbole peculiar del decir andalúz:

Si la mar fuera de tinta  
Y el cielo de papel doble,  
No se podría escribir  
Lo falso que son los hombres...

Desde luego, por la forma métrica se advierte que ambos cantares no son semejantes.

La vidalita es una cuarteta de versos hexasílabos á la que se interpola entre el primer y tercer pié un pentasílabo formado por la repetición del estribillo: ¡Ay! vidalita. La petenera en cambio, está formada con octosílabos y tiene el rasgo peculiar de que al cantarse se repite el primer verso alargando la estrofa con interjecciones y apogiaturas que varían á gusto del cantor hasta hacer morir la última sílaba como una queja que se ahogara en un sollozo en la garganta.

Basta oírlas entonar una sola vez, basta escuchar su acorde musical para persuadirse de que su movimiento y sus cadencias no son semejantes. La modulación de la primera es sencilla, sin variantes, su tonalidad es uniforme, algo monótona cuando se cantan más de dos estrofas.

En cambio en la segunda es sabido que cada cantor le introduce variantes y hasta suelen añadirle exclamaciones de ternura ó de dolor, «Niña de mi corazón», por

ejemplo—para imprimirle más colorido y animación. Y según asegura Zerolo en su diccionario enciclopédico, la petenera es canto y baile popular; mientras que nuestra vidalita es sólo canto de una voz ó de duo.

Sin duda, el señor Cavestany no habrá oído cantar vidalitas ó las ha sentido cantar mal, porque de otra manera no habría afirmado que tienen tanta similitud con la petenera, á punto de parecer hermanas; como ha sido mal informado sobre el origen de ese cantar montañés que no resuena de consiguiente «por potreros y llanuras», ni ha podido hacerle decir en el diálogo en que lo personifica: «también soy la Pampa entera,—que es mi madre y vive en mí».

El distinguido poeta ha cometido un grave error al creer que algunos meses de residencia en Buenos Aires le habilitaban para conocer su medio ambiente y penetrar los arcanos del pasado argentino. De ahí las fallas de sus juicios erróneos como se ha visto.

Pero este es el punto, donde claudican invariablemente todos los escritores extranjeros en su afán de encontrarnos pintorescos y exóticos, que los lleva á decir cosas muy divertidas, como las que nos contó recientemente Clemenceau, á propósito de nuestras costumbres campestres desde las columnas de *La Prensa*.

Ya Próspero Merimée había referido á los lectores de la *Revista de Ambos Mundos*, que cuando un gaucho se encuentra en medio de la Pampa y la sed empieza á mortificarle, echa tranquilamente pié á tierra, abre una sangría en el pescuezo de su caballo, aplica sus labios á la herida y absorbe con delicia la sangre del animal. Y Pierre Loti dice en alguna de sus novelas que vió en Montevideo: un no sé qué de salvaje... En cambio Anatole France fué más galante, diciendo que aquella era la tierra del café y el tabaco...

Ah! la Pampa y el gaucho continúan siendo el filón inexhausto para ciertos escritores costumbristas de allende el mar. Y sin duda, resultaría una antología risueña si se seleccionaran las cosas de bulto que dijeron con tanto desenfado como ignorancia de la geografía y hasta del sentido común sobre esta tierra incógnita.

Pero no es de extrañar que los extranjeros incurran en semejantes desbarros, cuando algunos escritores de la tierra los cometen por falta de observación; así desde que al señor Luis Domínguez se le ocurrió contar—en deplorables versos—que el ombú era el rasgo prominente de la Pampa, cuántos no han seguido matizando la soledad anchurosa del desierto con ese árbol originario de las Misiones,

que no soporta las inclemencias de la llanura azotada por el pampero y las heladas de invierno. Todavía si fueren los eucaliptus cantados por Enrique Banchs en la «Oda á los padres de la patria»! . . .

El señor Cavestany debía ser fatalmente víctima del engaño de esa bizarra conseja, y así en el «Canto á la Argentina», nos señala el pasaje del fiero conquistador «sembrando con ombúes su camino», licencia poética contra la cual protesta la historia de la conquista porque es sabido que aquellos bravos dominadores no eran amigos de la civilización del árbol, como no lo fueron tampoco los primeros pobladores que vinieron en pos—el gaucho y el vasco—al ir á disputar al salvaje sus dominios del desierto.

Empero, sinó resulta exacto el símil soñado por el poeta al encarnar en esos cantos los vínculos seculares de la raza y del idioma, ello no impedirá nunca para que españoles y argentinos los escuchemos dulcemente emocionados, al sentir resonar sus espontáneas melodías que gimen añoranzas morunas y tristezas indígenas.

Y con la misma pasión con que él exalta el inconfundible abolengo de la copla de su nativa tierra sevillana, ha de concederme que defienda yo el origen americano de la vidalita; y, que empleando una voz del tosco lenguaje aborigen que aún la entona allá bajo la sombra de nuestros bosques mediterráneos, le diga:—*Kayca noccapa*,—esto es mío.

MARTINIANO LEGUIZAMÓN.

Buenos Aires, Julio de 1911.

---

## POESÍAS

---

### El camino de nuestra casa.

Nos eres familiar como una cosa  
que fuese nuestra, solamente nuestra:  
familiar en las calles, en los árboles  
que bordean la acera,  
en la alegría bulliciosa y loca  
de los muchachos, en las caras  
de los viejos amigos,  
en las historias íntimas que andan  
de boca en boca por el barrio,  
y en la monotonía adolorida  
del quejoso organillo  
que tanto gusta oír nuestra vecina  
la de los ojos tristes...

Te queremos  
con un cariño antiguo y silencioso  
caminito de nuestra casa. Vieras  
con que cariño te queremos.

Todo  
lo que nos haces recordar!

Tus piedras  
parece que guardasen en secreto  
el rumor de los pasos  
que se apagaron algún día... Aquellos  
que ya no escucharemos á la hora  
habitual del regreso.

Caminito  
de nuestra casa, eres  
como un rostro querido  
que hubiéramos besado muchas veces:  
¡tanto te conocemos!

Todas las tardes, por la misma calle,  
 miramos con mirar sereno  
 la misma escena alegre ó melancólica,  
 la misma gente... ¡Y siempre la muchacha  
 modesta y pensativa que hemos visto  
 envejecer sin novio... resignada.  
 De cuando en cuando caras nuevas,  
 desconocidas, serias ó sonrientes,  
 que nos miran pasar desde la puerta.  
 Y aquellas otras que desaparecen  
 poco á poco, en silencio,  
 las que se van del barrio ó de la vida  
 sin despedirse.

¡Ah, los vecinos  
 que no nos darán más los buenos días!  
 Pensar que alguna vez nosotros  
 también por nuestro lado nos iremos  
 quién sabe dónde, silenciosamente  
 como se fueron ellos...

EVARISTO CARRIEGO.

Era...!

(Camila)

Era la rosa mejor. A su sombra crecieron las hierbas  
 Con lozanía y vigor;  
 De su corola caía, en tupida llovizna, el rocío,  
 Ese rocío que anima, amenguando el bochorno del sol.

¡Era la flor del jardín, como era la estrella del cielo!...  
 Cual la estación al cambiar  
 Van retardando los astros del cielo su ocaso y las flores,  
 Para la alfombra otoñal del camino, sus pétalos dan,

Tal fué el ocaso de aquella dulcísima estrella que nunca  
 Desde la tierra veré  
 Sobre los cielos tranquilos del cálido mes de Noviembre,  
 Cuando los astros sus luces comienzan temprano á encender.

Tal fué la muerte de aquella flor... Muerta la flor mar-  
 [chitose,  
 Luego, también el jardín;

Desde aquel día la noche ha caído y las nubes del cielo  
Sueltan su llanto que viene en el mudo follaje á morir.

Auras heladas de Junio, tus nenias dolientes y graves  
Tréguá á mi duelo no dan.  
Cada crepúsculo el sol moribundo me trae un recuerdo; ¡  
Busco en el cielo la estrella, y la estrella en el cielo no está.

Era la estrella del cielo, la estrella que nace en Noviembre  
Cuando, en el campo, el trigal  
Llena de viva esperanza las almas de rudos labriegos,  
Cuando la tierra caldeada sus dones preparase á dar.

Era la estrella más viva, más pura, más blanca del cielo,  
Casi era así como el sol.  
Nunca caía la noche en el cielo donde ella su luz arrojaba,  
Nunca hasta ella la frágil escoria mundana subió.

Era la estrella de un cielo sin límites; era la estrella  
Siempre con luz hacia á mí.  
Nunca perdí de su paso ascendente la huella profunda.  
Siempre mis ojos la vieron cernida en el alto zenit.

Era la flor de un jardín. De Noviembre á las tibias caricias  
Cuando en el cielo hay más luz,  
Cuando el Centauro declina en la tarde y Orión se levanta  
Firme, luciendo las perlas del cinto en la cláusula azul;

Quando las lluvias fecundan el campo y el casto cordero  
Bala, confiado ya en sí,  
Quando en la flor de retama sus débiles alas confunden  
Las mariposas inquietas, nació aquella flor del jardín.

Soles sin fuerza de Junio, tus rayos fugaces no tienen  
Cómo mi duelo calmar.  
Cada alborada me trae en sus hielos recuerdos amados:  
Busco la flor del jardín y la flor del jardín ya no está.

Cielo inclemente, si sobre mi vida el fulgor de la estrella  
Nunca, jamás brillará;  
Triste jardín, si la muerte por siempre la flor ha secado:  
¿Sobre qué mundos mi muerta esperanza tendré que en-  
[terror?

La epopeya de amor(Preludio)

El jardín, con su cerco de morera...  
 sus caminos, sus flores y su banco  
 de mármol blanco...  
 el estanque tranquilo, con sus peces...  
 la estatua, contemplada tantas veces  
 en la noche agorera...  
 la vecina  
 y frondosa colina  
 con sus ramos de arbustos elegantes  
 y sus olmos gigantes...  
 la campiña cercana, solitaria,  
 donde los grillos, sin cesar, chirriaban  
 su triste melopea estrafalaria  
 con agudos «crescendo» que aumentaban  
 la angustia indefinible del instante...  
 La larga espera, ansiosa y palpitante  
 bajo el dosel propicio de las frondas  
 donde bailaban invisibles rondas  
 los gnomos del ensueño y de la Duda...  
 Todo revive en mí, con una muda  
 y elocuente ansiedad que me domina,  
 que nubla mi razón... ó la ilumina!

Fuera cosa de ayer!... un torbellino  
 de remembranzas del pasado, extinto,  
 en confuso, intrincado laberinto  
 exhume el «ananké» de mi destino!  
 Todo complica en un dolor certero  
 las risas y los llantos del Otrora;  
 y del amor que diera por entero  
 solo me resta el duelo duradero  
 que me va entristociendo, hora por hora!...

*«Tú fuiste, oh, Laura! mi supremo encanto!»...*  
 he cantado en un verso memorable.  
 Y tu visión constante y adorable  
 vierte paz inefable  
 en mi mente que agita un fervor santo!  
 Mas, en horas aciagas,  
 cuando me agobia el peso de la Vida;  
 y cuando

abandonando  
 el humilde cubil que es mi guarida,  
 por calles, al azar, corro y divago...  
 me asalta la obsesión de un terror vago  
 que el escozor aumenta de mis llagas!...

Pero, pronto, recobro con firmeza  
 la plenitud serena del recuerdo.  
 Oh, Laura! en cada instante que me acuerdo  
 de aquel minuto del primer encuentro,  
 en dulce revivencia reconcentro  
 todo mi ser en tu ideal belleza!

Y quiero, en homenaje reverente  
 de mi fidelidad nunca perjura,  
 narrar—sin impostora forjadura—  
 franca, sencillamente,  
 nuestra amorosa y púdica aventura. ....

.....  
 .....

RAYMUNDO MANIGOT.

### Vallis Moeroris

á Roberto Giusti

Hermano, por las sendas de la vida  
 más de una contemplé mano tendida  
 suplicando, (la mano dolorida  
 reclamaba el unguento de un cariño)  
 y escuché por las rutas de este mundo  
 más de un quejido de dolor profundo  
 emitido por labio gemebundo,  
 como labio de viejos ó de niño.

Hermano, bajo cielos cristalinos  
 muchas veces hallé seres cansinos  
 encaminados hacia sus destinos,  
 trémulo el cuerpo, lívida la faz;  
 y vi también por tierras de secano  
 flores marchitas implorando en vano  
 una gota de lluvia para el llano  
 que otrora fuera ubérrimo y feraz.

Por luengas tierras peregrino un día,  
vi las razas fuertes y bravias  
huyendo ante el Flagelo que esgrimía  
imperturbado la temida hoz;  
huyendo como liebres en tropeles  
acosados por rápidos lebreles,  
procurando salvar sacros dinteles,  
cual dementes, sin hálito y sin voz.

Y vi también por trágica campaña  
sacudida la selva en sus entrañas  
por el zonda furioso y por la saña  
inmensurable de la tempestad.  
Ofrecían los árboles escueto  
el tronco al negro horror, como el abeto  
roto por la tormenta, sin respeto  
a su eminencia ó á su proceridad.

Y vi sobre los pálidos rosales  
las gotas de rocío ser iguales  
á las lágrimas vertidas por mortales  
pupilas sobre una corola hejada.  
Del Fatum comprendí todo el imperio,  
quise huir del horrible cautiverio  
y hundirme en las entrañas del Misterio  
y sumergirme, plácido, en la Nada.

GUIDO ANOTOLIO CARTEY.

---

# EL DOLOR DEL ROSAL

COMEDIA DE

ALEJANDRO MARCÓ

---

Estrenada el 19 de Junio de 1911 en el Teatro Nacional

---

## PERSONAJES:

Doña Laura,	42 años	. . . . .	Sabina Vittone
Angélica,	24 „	. . . . .	Anita Podestá
Leonor,	21 „	. . . . .	Olinda Bozán
Marta,	18 „	. . . . .	Blanca Podestá
Marcos,	22 „	. . . . .	José Gómez
Raúl,	29 „	. . . . .	Salvador Rosich

Un mucamo

---

En Buenos Aires, época actual.

## ACTO UNICO

---

Mediados de Otoño al caer la tarde; salita íntima en casa de doña Laura; al fondo galería y jardín. Piano, teléfono portátil, escritorio de niña, libros, revistas, figurines; pequeño botellón de Oporto sobre una mesita, bizcochos, copas dispersas. Un loro en su jaula, útil de pintor, tela ó porcelana con la imagen del loro inhábilmente trazada.

### ESCENA I

Doña Laura, elegante en su luto liviano, compara figurines, etc. Angélica termina la copia del loro. Leonor estudia una frase del segundo tiempo de la sonata «Patética». Marta, peinada de rodete bajo, lee, serenamente sentada, teniendo el libro en alto con ambas manos. Al final de la escena se indica la entrada y salida del mucamo.

DOÑA LAURA

*(Suave)* Leonor, no toques tanto Beethoven... Es tan triste...!

LEONOR

*(Exagerada)* Es tan... poderoso mamá, es tan... profundo!

DOÑA LAURA

*(Fruñida)* Me entristece mucho... *(Leonor hojea cuadernos de música)*.

LEONOR

Entonces, no tocaré... Chaminade..., Grieg... Estoy harta!

MARTA

*(Alzando los ojos, sin moverse)* Le ha dado fuerte por lo profundo...

LEONOR

Y á tí, por Maupassant, que es peor...

MARTA

*(Leyendo)* Leyendo, no entristezco á nadie. *(Vuelve la hoja)*

LEONOR

Tocaré Bach... *(Marta se alarma)*

DOÑA LAURA

Entonces nos iremos todas, por Dios! *(Leonora renuncia á tocar el piano)*

LEONOR

*(Indicando á Angélica)* Miren aquella, petrificada con su loro...

ANGÉLICA

*(Al loro)* Quieto Pedro! Odioso!

MARTA

Vas á concluir por tomarle toda la expresión á fuerza de mirarlo...

ANGÉLICA

Esta mañana estaba cantando ese pedacito de la patética con unas posturas de la nariz, que era para morirse de risa.

DOÑA LAURA

Si es inteligentísimo!

MARTA

¿No le darían una beca... por las posturas de la nariz?

LEONOR

*(Enseñando á hablar al loro)* Raúl, Raúl, te quiero... *(Sigue hablándole)*

MARTA

No seas tonta! *(Se oye llamar al teléfono y ella levántandose eléctrica)* Yo voy!

LEONOR

*(Idem)* No señor, yo!

MARTA

Yo vine primero, qué tienes tú que ver?! (*Ambas tiro-  
nean el tubo y óyese llamar otra vez, pues vuelven á colo-  
carlo teniéndolo las dos*).

MARTA Y LEONOR

(*A un tiempo*) Hola! Ah! (*etc., ad libitum*).

DOÑA LAURA

Leonor, deja á tu hermana, niñita!

LEONOR

(*Obedeciendo enojada*) Siempre ha de ser ella «la san-  
ta», «la linda», «la perla»! (*Toma una revista y se sienta.*  
*Angélica lleva adentro el loro y pinceles y vuelve á poco.*  
*Marta procura hablar por teléfono*)

ÁNGÉLICA

(*Al irse*). Ya se acaba la luz, querido Perico. (*Se lo  
lleva cantando*).

MARTA

(*Almibarada*) Hola! Si. Quién es usted? (*Con un tic-  
tac en el corazón*) Ah, Raúl. Qué dice? (*Sorpresa en las  
demás*).

DOÑA LAURA

Raúl...

MARTA

(*Malhumorada*) Mamá, es Raúl, yo no quiero... (*A  
él*) Cómo? No se entiende nada. Si, la Perla, lo va á ha-  
blar Leonor...

ÁNGÉLICA

No te pongas tan colorada.

LEONOR

(*Haciéndose rogar*) Ahora soy yo la que no quiere  
hablar!

MARTA

(*Impaciente*) Toma el tubo, pues!

LEONOR

(*Yendo al teléfono en extremo contenta*) Raúl... Leonor.  
Bien, gracias, y á usted, cómo le va? Que por qué lo trato  
de usted? No sabe que estoy de rodete y que una niña seria

cambiando de peinado, cambia muchas cosas?... Pero no todas? Ah, qué gracioso! No, todas no... (*Sonríen las demás*).

MARTA

Está lo más chusco el Simón!

LEONOR

Mamá, quiere venir.

DOÑA LAURA

Cómo venir!

LEONOR

(*Impaciente*) Que desea despedirse de nosotras! (*Resolviendo por su cuenta con desagrado de doña Laura y Marta. A Raúl*) Tendremos muchísimo gusto en verlo. Dice mainá que no falte. Bueno, enseguida. Adiós (*Deja el tubo*).

DOÑA LAURA

(*Rápida*) Cómo? Qué has hecho?! (*Leonor ríe divertida*).

MARTA

(*Reprochando sin enojo y sin poder evitar sonreír*) Tilinga... (*Leonor sigue riendo*).

DOÑA LAURA

Ah, criaturita!

ANGÉLICA

Dónde va, que quiere despedirse?

LEONOR

... A Europa. (*Sorpresa*)

DOÑA LAURA

A Europa?! Es extraño no haber visto en los diarios...

MARTA

Valiente noticia!

LEONOR

Eso no, porque hasta las de Silva, salen en la «Vida Social» á cada rato.

DOÑA LAURA

No nos sacan tanto á nosotras que me parece que somos «más»...

ANGÉLICA

Es que miran á los reportercitos con un descaro...

MARTA

Porque son vivas y no momias. Mamá, vamos á cualquier parte, á lo de Güemes, me duele el costado. Qué opio de hombre! Si lo veo me va á dar apendicitis...

LEONOR

Muy bien que te comes los bombones que nos manda.

MARTA

*(Riendo)* Por eso... la indigestión de los bombones... en el mismo apéndice...

LEONOR

Hipócrita!

MARTA

Lo que voy á creer al fin es que la interesada eres tú. Por algo está tan bien enseñado el loro, no sólo por embromarme.

LEONOR

No necesito sobras, y menos, tuyas.

DOÑA LAURA

Niñita!

LEONOR

Podrías retarla á ella.

DOÑA LAURA

No me han dejado hablar; iba á decir que para Angélica...

ANGÉLICA

*(De pronto)* Si, cómo no! Todavía me lo van á dar á mí porque nadie lo quiere... al Simón!

MARTA

No es eso, sino que mamá cree que su genio es para el tuyo. Serio, sencillo, no es tan negado al fin... Qué más quieres? *(Insinuando casi en tono de pregunta)*. Una ó dos calaveradas que le atribuyen... *(Dando la respuesta con convicción)* lo habrán despertado un poco y «tienen su chic». *(Con fingida inocencia)*. Las travesuras no impiden llegar á presidente del Jockey... *(Sonríen)*.

DOÑA LAURA

No creas que es tonto; es diplomático como una araña.

MARTA

Desconfianzas de suegra, mamá. En ciertas cosas es sincero.

DOÑA LAURA

En la pasión, convengo; no en los medios.

LEONOR

«Pasión»... (*A Marta*) Le has inspirado una «pasión»... Por eso se va mañana.

MARTA

Cómo?! Entonces te ha dicho cosas que te has callado?!

LEONOR

(*Sonriendo y dejando creer en posibles misterios*) Pero no... cómo creen?

MARTA

Por eso, no quiero hablarlo! Siempre pasa su numerito!

DOÑA LAURA

(*A Angélica*) Contigo también?

ANGÉLICA

(*Con voz de tristeza infantil*) Conmigo? Ni por teléfono, ni en tarjeta postal (*Rien*).

MARTA

Con mirarlo y reírte como quien mira al gato...

DOÑA LAURA

Y la edad de aprender, mi hija...

ANGÉLICA

(*Atufada*) Bueno mamá, si me quedo solterona, paciencia!!

LEONOR

Eso es lo que me enfurece! Que para aquélla es mal, es un pavo, es pobre, y las dos quieren obligarla á Angélica, en quién ni ha soñado el infeliz...

ANGÉLICA

(*De pronto*) Eso no, ché, tú no puedes saber si ha soñado ó no ha soñado conmigo. (*Rien*)

LEONOR

Cómo le arderá la oreja izquierda al pobre! (*Se sirve vino*)

MARTA

Rascando el violín, qué dúo ideal!

LEONOR

¡Sí! Que tu archiduque millonario ó el príncipe noruego que espera maná, te quiera como él... cuando llegue.

MARTA

Gracias Elsa. Que Lohengrin no te disperse ó juegue lo que te ha dejado tu padre.

LEONOR

Sigue siendo chocante. (*Mira fijamente á Marta*) Entre nosotras hay una diferencia fundamental: tú, soñarás con que te festeje un rey aunque sea un imbécil; yo, me enamoraré de un hombre que valga algo, aunque lo encuentre en el suburbio. Tú, persiguiendo aprovechar los beneficios acumulados por toda una estirpe aunque haya degenerado; yo, tratando de vincularme al mérito, al mérito que funda estirpes! (*Termina de comer su bizcocho con gesto despreciativo*).

MARTA

A mí el Oporto me excita otros nervios... Todo lo veo primaveral (*Rien todas incluso Leonor*).

DOÑA LAURA

Dénme un poquito á mí (*Le sirve Angélica. Se oye sonar la campanilla, Angélica casi deja caer la copa que alcanzaba á su mamá*).

ANGÉLICA

Ahí está! (*Todas, nerviosas, se levantan, se miran al espejo, etc. Marta se aplica la mano fría á la cara ardiendo*).

MARTA

(*Deseando y no deseando que la contraríen*) Yo no salgo mamá (*Se sirve y toma de un trago una copita de vino*).

DOÑA LAURA

(*Arreglándose al espejo, y conociendo á Marta, con bondad*). No salgas, mi hijita. (*Entra el mucamo y presenta una tarjeta á la señora*).

LEONOR

*(Tomándola rápida)* A ver? *(Marta que pensó lo mismo, se la arrebató. La tarjeta disputada por las dos se rompe y Angélica arrebató á Marta su parte).*

DOÑA LAURA

Leonor, criatura!

LEONOR

*(Al mucamo)* Hágalo pasar acá.

DOÑA LAURA

Bueno, que pase acá *(Angélica y Leonor corren al interior, se llevan los figurines, hacen desaparecer el cuadro del loro, etc. Marta, idem después. Vuélvse el mucamo).*

DOÑA LAURA

*(Infantil)* Chicas, no me dejen sola... Hijitas!... Angélica! Jesús! *(Componiéndose al espejo)* Tan gruesa que una se pone! *(Suspirando)* Ah...! *(Satisfecha de sí misma y viendo cierto desarreglo).* Qué dirá, recibirlo en este desorden! *(Vuelven las tres niñas. Leonor concluye apurada de lustrarse las uñas)* Leonor, qué manía! *(Marta moja un pañuelo en un florero y se lo aplica para refrescar la cara).* Angélica, á ver cómo te portas!

ANGÉLICA

*(Como si se tratara del «Cuco»)* Ahí viene!

MARTA

*(Aparte, aludiendo á su propia agitación).* Soy una imbecil! *(Calma en todas).*

## ESCENA II

DICHAS Y RAÚL

RAÚL

Señora...

DOÑA LAURA

*(Levantándose y yendo á recibirlo seguida de Leonor y Angélica)* Raúl, felices ojos los nuestros...

RAÚL

Cómo te vá Angélica? Leonor, otro inmenso saludo.

Marta (*Amable con ésta que lo espera lejos, pero cambiando un saludo brevísimo*).

DOÑA LAURA

Las chicas, buenas, Elena y todos? (*Indica asientos*).

RAÚL

Todos bien, muchas gracias. A ustedes no hay que preguntarles (*Las mira lentamente*). Una bien, otra mejor... (*Pequeño rubor coqueto de todas*). Mamá siempre con proyectos de visitarlas.

LEONOR

Pero Carmen y Esther, son dos pícaras.

RAÚL

Y Marcos?

ANGÉLICA

Ahora debe venir.

RAÚL

Siempre tan alegre?

MARTA

Siempre loco incorregible. Aunque á usted le tiene un cariño exagerado.

RAÚL

Correspondido.

DOÑA LAURA

Me parece un milagro esta visita.

ANGÉLICA

(*Metiendo los pies en el plato con cara de risa*). Sí, un milagro de San Expedito Propulsor.

MARTA

(*Aparte*). Tan tonta!

RAÚL

San Expedito resucitando á Lázaro.

DOÑA LAURA

No por culpa nuestra, Raúl...

RAÚL

No señora, por culpa... del pobre San Expedito... Propulsor...

DOÑA LAURA

Me refiero á su distanciamiento, tan sin motivo...

MARTA

Mamá no te pongas tierna; lo que merece es un reto.

RAÚL

Pues... sin alegría para traerles...

MARTA

Alegría... alegría, piedra de toque... de las almas fuertes.

RAÚL

O tristeza, piedra de toque de las sinceras.

MARTA

Fortaleza es sinceridad.

RAÚL

Estás equivocada, sinceridad es fortaleza... Como siempre las chicas, ágiles y sentenciosas... Muy bien, Perla... En fin, señora, he resuelto viajar, y en vísperas de embarcarme no he podido resignarme á no verlas. Entre ustedes estoy tan bien... Quiere decir que vengo á despedirme, á agradecer muchas amabilidades de siempre, y á pedirle permiso para dejar un recuerdo á las «señoritas».

DOÑA LAURA

Pero adónde se va, cuándo?

RAÚL

Lejos, por un mar sin playas, y mañana, señora.

LEONOR

Desilusionado y enfermo del alma...

RAÚL

Del alma que no quiso curar Leonor.

LEONOR

Raúl... Raúl... *(El toro desde adentro: Raúl... Raúl...)*

RAÚL

*(Desconfiando)* Diría que el eco...

MARTA

Está tan nervioso? *(Angélica, con disimulo, sale á dar orden de alejar el toro y vuelve pronto).*

RAÚL

No, pero me pareció voz de ventrílocuo (*Risas. Leonor le ofrece una copita de vino; él primero la rechaza y luego la acepta. Bebe, deja la copa sobre la mesa y mirando agrado á Leonor mientras le muestra una cajita*). Leonor, mi amiga mejor...

MARTA

(*Al consonante, rápida*) Don Regalador...

DOÑA LAURA

Cómo será con la novia!

RAÚL

No, á ella le regalaré ilusiones, quimeras...

MARTA

Eteres...

ANGÉLICA

Cloral...

RAÚL

(*Dando el anillo á Leonor*) Conste eh? Nosotros debimos ser novios algún día, aunque tu mamá como angel custodio terrible...

LEONOR

Mamá encantada, usted no se imagina...

RAÚL

Pruébatelo. Aquí, en el dedo de los novios. Así.

LEONOR

Novios, bueno (*Transición*) Tan farsante, cómo juega con las cosas más serias! (*Da el anillo á su mamá*). Mire que si me enamoro de veras... Pero usted es un falso que no quiere á nadie.

RAÚL

Qué más quisiera yo!

DOÑA LAURA

Pero Raúl, qué molestia! Qué precioso! Fíjate Marta, miren esta esmeralda del centro.

ANGÉLICA

(*Soñadora*) Esmeralda, piedra de toque de la esperanza (*Risas*).

LEONOR

Señor, míreme y adivine si le agradezco.

RAÚL

*(Ofreciendo á la Perla un relojito)* Perla...

MARTA

*(Que está á veces ruburosa, á veces atrevida, atrevida en sus rubores y viceversa, llena de impulsos, nerviosa, ahora seriamente cortada).* Pero por qué?...

RAÚL

Perla, qué es ésto?... Qué ha habido entre nosotros si no bromas? Guarda este relojito que no significa festejos, y que le doy rogándote que olvides lo pasado y que si me recuerdas, tus recuerdos sobre mí, daten desde hoy. Señora obliquela.

DOÑA LAURA

*(Terminante y no sin cierta acritud).* Naturalmente, Marta, no hay que dar importancia á las bromitas de chicos. Ha hecho muy bien Raúl, en hablar así, claramente... La Perla es tan criatura para recibir festejos!...

RAÚL

Y mios tan luego, señora, que le llevo todos los años de mi larga infancia!... porque tuve atrasado el uso de razón...

ANGÉLICA

*(Espiritual)* Atrasado, como el tren... *(Risus)*.

MARTA

*(Aprovechando la coyuntura).* Bueno, muchas gracias. Mira mamá qué preciosura!

LEONOR

Pues es paciencia la tuya, digo la suya, me equivoqué...

RAÚL

Y ahora, Angélica

ANGÉLICA

Un hilito de perlas, qué mono! *(Reprochando)* Mírenlo, porque me oyó decir... *(Alzando y mirando el collar).* Perlas, piedras de toque de los microbios... *(Rien los demás y ella sospechando una burla y queriendo justificarse)* Si señor, la perla es un microbio!!

RAÚL

(Aludiendo á Marta) Quién sabe, quién sabe!... (Refiriéndose al collar). Para la primera fiesta después del luto.

MARTA

Qué descole, Angélica! (Angélica se avergüenza).

DOÑA LAURA

(Lavantándose en un impulso de pequeña impaciencia que reprime y disimula sonriendo) A ver? (Toma el collar y dice bajo á Angélica) Tonlita! (Alto) Para agradecer á un joven alento, (Colocándose á Angélica que sonríe inocente) se toma así, y... se pregunta: (Infantil) «Quedo bien Raúl ó estoy fea?» (Risas. Angélica avergonzadísima) Quiéres que me lo ponga yo para mostrarte? (Desprendiéndose, bajo á ella). Un poco de gracia, mi hijita grande! (Alto) Ahora verás!

MARTA

(En un ímpetu) Mamá, qué coquetería! (Ríen) Raúl te va á festejar!

DOÑA LAURA

Qué?!

MARTA

Y véan cómo se pone de colorado!

LEONOR

Y ella también; pero mamá!

DOÑA LAURA

(Avergonzada y riendo) Jesús qué criaturitas, por Dios! (Deja las perlas).

ANGÉLICA

(Repuesta) Simón, digo Raúl, te prometo que á ningún otro preguntaré si estoy fea con tu collar.

DOÑA LAURA

(Aparte) Al fin!

RAÚL

Fea tú? (Aparte). Tan ingénuu la pobrecita! (Breve pausa). Encantado de todo y contentísimo. Les aseguro que esta visita es mi última alegría en Buenos Aires, y me la llevo bien escondida. (Despidiéndose). Señora, donde quieras que yo vaya...

DOÑA LAURA

Qué, despedirse así?

MARTA

Cómo está de raro el joven...

RAÚL

Tengo otras despedidas.

ANGÉLICA

Manda tarjetas. Puedes escribir aquí (*Abre y prepara el pequeño escritorio*).

LEONOR

Sí. Come con nosotras ó le devolvemos todo.

MARTA

Es para que le roguemos mamá, dejémoslo ir.

ANGÉLICA

(*Yéndose como á dar órdenes*). Se queda, sí? (*En la puerta*). Sí, se queda. (*Sale*).

DOÑA LAURA

Sí, sí, sí, yo no lo dejo ir así. Ahora no más llega Marcos. Le robo sus guantes. Entreténganlo chicas, Perla, no lo «dejen» ir. (*Este «perla» sonoro y elocuente pero con toda naturalidad.. Sale siguiendo á Angélica*). (*Raúl se sirve una segunda copita de vino; ya se ha roto el hielo, él recupera su antigua confianza*).

### ESCENA III

RAÚL, MARTA, LEONOR

RAÚL

(*Sirviéndose*). Ante tanta amabilidad que me confunde... es inevitable... pero confieso que quien se alegra soy yo.

LEONOR

(*Que hojeaba una revista ó hablaba con Marta*). Todos nos queremos bien, «cher ami». (*Se dan las manos como si fuera costumbre entre ellos. El la atrac suavemente*).

RAÚL

(*Bajo*). Qué buena moza estás! Pero estás encantadora...!

LEONOR

*(Bajo, mirándolo sonriente y retirando las manos). Me voy...*

RAÚL

*(En secreto y serio). No, no te vayas!*

LEONOR

*(Sorprendida é intencionada). No? Soy buena pantalla?*

MARTA

*(Que concluye de escribir una carta). Raúl, ¿qué va á hacer á Europa?*

RAÚL

*(Que escribirá cuando le convenga). He pronunciado yo, la palabra Europa?*

LEONOR

Cómo?! Y adónde se va?

RAÚL

A Norte América que está más lejos, á vivir bien *(Movimiento de Marta y Leonor que piensan que Raúl se va para siempre y callan la pregunta por rivalidad).*

MARTA

Ah! Casarse con una yankee, es original! Sospechaba que usted se enamora como un relámpago...

RAÚL

Tal vez...

MARTA

Sólo una tragedia oculta puede justificar tan poco patriotismo.

RAÚL

Tal vez...

MARTA

No crea que es indiscreción...

LEONOR

Pues yo sería indiscreta y preguntaría el motivo.

RAÚL

Tal vez una tragedia oculta...

LEONOR

Amor?

RAÚL

El amor es una debilidad.

MARTA

(*Con intención*). De lejos. De cerca es una energía.

LEONOR

Puede ser energía de cerca y de lejos.

RAÚL

Y puede serlo más de lejos que de cerca. Conozco quiénes de lejos aman y de cerca detestan; quienes desean que el amante se vaya y cuando se va, no pueden vivir sin él... él ó ella...

MARTA

Sabe que creía que su viaje era pura broma?

RAÚL

Si fuera tu deseo... (*Gesto resignado de Leonor*).

MARTA

Ah sí? (*Aludiendo á las tarjetas*) De quién se despide? (*Ve algunas*).

LEONOR

Yo también, nosotras también iremos algún día...

RAÚL

Algún día? Y ahora por qué no? Se animan, dejan á la Perla en el colegio...

MARTA

Sí, en un convento, y cuando se comprometa con una millonaria americana yo diré acá: «Perdónalo señor».

RAÚL

No me casaré yo con millonarias; ahora menos que nunca. Estoy bastante rico para mis pobres deseos y sólo quisiera hallar...

MARTA

(*Interrumpiéndolo y con farsa dulcísima*). Ternura y suaves ojos grandes... expresión de inocencia y mucha música. (*Soñadora*) Qué hermoso! (*Suspirando y haciendo agudas las «i»*) Qué beatífico! (*Otro suspiro*). Carlota

«au clair de la lune...» (*Rien y llega Angélica, cuya curiosidad primero y risa después, aunque ignorante del motivo, da tiempo para cambiar las siguientes frases.*)

LEONOR

(*Ricndo*) Y el violín?

RAÚL

Con sus amigas las arañas...

#### ESCENA IV

DICHOS, ANGÉLICA

ANGÉLICA

(*Siempre curiosa*). Leonor, te llama mamá.

LEONOR

(*Recostándose en su asiento con aire de no obedecer*). A mí ó á la Perla? A' mí? (*Levantándose al fin*) Perdón Raúl (*A Angélica*) Está muy rico será suerte ó desgracia? (*Raúl se acerca al piano y mira los cuadernos de música*).

ANGÉLICA

(*A Leonor, con profundo asombro*). Se sacó la grande?

LEONOR

Ya volvemos. (*Salen. En la puerta, mirada elocuente ante la situación que deja*).

#### ESCENA V

RAÚL, MARTA

RAÚL

(*Viéndose solo con ella que se ha retirado y hojea un libro fingiendo distracción*). Estaba escrito... (*De pic ó mal sentado ensaya los primeros compases del nocturno Op. 48, número 1, de Chopin. Ella escucha complacida y se dispone á cerrar el libro cuando él ya deja de tocar*).

MARTA

Siga, siga.

RAÚL

(*Con pudor de arte*). No, no, toque usted.

MARTA

*Usted*, hágase el bebito.

RAÚL

Nena, sigue tú.

MARTA

He dejado completamente. Ahora tomo lecciones de arpa. Ya di seis. Es divina!

RAÚL

A cuántas llegarás?

MARTA

A mil, cree que soy veleta?

RAÚL

No, qué he de creer!

MARTA

Lo está diciendo con los ojos...!

RAÚL

Te dicen algo mis ojos?

MARTA

Tal vez... Confiese que cree de mí.

RAÚL

De tí? Lo que tú me dices.

MARTA

No juegue. No le pregunto eso, sino lo que piensa de mí.

RAÚL

Ah, es tan difícil...

MARTA

Debe ser malo cuando esquiva decirlo.

RAÚL

Malo no. Viéndote no pienso nada porque no puedo pensar. Demasiado lo sabes tú.

MARTA

Flores, flores sin perfume. Raúl, usted me tiene rencor.

RAÚL

Absolutamente, ni rencor, ni... amor.

MARTA

Qué velela soy yo!... Por lo menos yo no me desdigo. Pero dejemos eso... Sin embargo, me acuerdo de que eras un chico grande que jugaba con nosotras á las muñecas. Y tú?

RAÚL

*(Nervioso)* Yo no me acuerdo!... Hemos convenido en que olvidáramos todo eso!

MARTA

Qué enérgico! Así deben ser los hombres. *(Ríe)*. *(Pausa)*. Dígame la verdad.

RAÚL

Qué verdad?

MARTA

Se va para siempre?

RAÚL

Sí.

MARTA

Serio, para «toda» la vida?

RAÚL

Sí.

MARTA

No le creo.

RAÚL

Mañana lo verás. *(A lo más ella verá que él se embarca, pero para la sinceridad de él, «embarcarse» es «todo»)*.

MARTA

*(Tímida y bajando los ojos)*. Y se podría... saber por qué?

RAÚL

Pst, tantos motivos...

MARTA

Y uno entre tantos y de todos uno. Es claro.

RAÚL

No hay razón especial, me sofoca este aire y quiero cambiarlo... Para lo que tengo aquí... dolores y lágrimas... *(Serenándose)* Si se viviera de bromas...

MARTA

No crea que es indiscreción. Además... yo no tendría derecho para preguntarle... Pero, (*Esfuerza una sonrisa*). No me ha dicho usted que nuestra amistad dataría de hoy? (*Segura de sí misma y fría ya, después de su leve emoción*). En ese sentido, puedo ser algo curiosa, para... para tener siquiera un punto en qué fijar mis recuerdos. Desde que debo olvidarme de todo lo pasado y mis recuerdos empezar desde hoy... (*Sonríe*).

RAÚL

(*Finamente amable*). Eres siempre muy lectora?

MARTA

(*Sonriendo siempre*). Siempre.

RAÚL

(*Suave*). Ya se vé...

MARTA

(*Despechada*). Gracias, Raúl!

RAÚL

Te molesta?

MARTA

(*Sin mirarlo*). Para qué le voy á contestar si no me cree una palabra?!...

RAÚL

(*Romántico, recordando otros tiempos*). Nena, estás muy cambiada. (*Breve pausa*).

MARTA

(*Sin mirarlo*). Siento que usted haya venido.

RAÚL

Por qué?

MARTA

Porque debió irse sin venir.

RAÚL

Gracias, Perla.

MARTA

(*Sin mirarlo*). Y para colmo me trajo un reloj... No lo usaré, pierda cuidado.

RAÚL

Rómpelo.

MARTA

Desde que quiere privarme de la alegría de mis recuerdos, no debió venir á provocarlos. Es muy fina la maniobra.

RAÚL

La mano de obra querrás decir, la de las tapas, sí.

MARTA

*(Exasperada y levantándose rápida)*. Y si yo le dijera...! *(Esto no es de ningún modo un llamado tierno, sino una especie de enconoso desafío)*.

RAÚL

*(Conteniéndota con un reproche triste)*. Perla... para qué, si ya me voy mañana?

MARTA

*(Expresa un relámpago de triunfo, baja los ojos después y sentándose)*. Mañana, ya lo he pensado...

RAÚL

Pensado...? Qué querría decir? *(Ella le sonrío)*.

MARTA

Que... si no me cree... *(Baja los ojos)*. que lo siento... un poco. *(Rápida, infantil, queriendo y no queriendo disimular)*. Si usted se va para siempre yo lo siento un poco.

RAÚL

*(Frío)*. Tú?

MARTA

Yo. Por qué no puedo sentir? Un poco, naturalmente... *(Sonríe levemente á esto último)*.

RAÚL

... Lo deploro por tí.

MARTA

Cree que todo es broma? *(Lo mira largamente, felina, tierna, con leve sonrisa, seria al fin. Baja sus hermosos ojos y con pequeña emoción y voz más grave)*. Todo no es broma.

RAÚL

... Peor para tí.

MARTA

(*Agitada*). Ah, pero... pero... (*Reaccionando*). Chico, estás muy cambiado. (*Le da la espalda y abre un libro*).

RAÚL

La vejez. (*Pausa*).

MARTA

(*De pronto*). Has estado enamorado de mí?

RAÚL

Aun se vislumbra la estela del barco!

MARTA

Y el barco?

RAÚL

Se hundió.

MARTA

Tal vez en una borrasca de champagne... (*Suelta la frase como al azar*).

RAÚL

(*Muy sorprendido*). Qué quieres decir?

MARTA

Que un vago rumor que oímos, si non e vero...

RAÚL

Qué?

MARTA

Frecuentas ciertos ambientes y te pretendes fuerte contra mí.

RAÚL

Con qué objeto?

MARTA

No sé; á qué viniste?

RAÚL

A verte.

MARTA

Por última vez?

RAÚL

Sí.

MARTA

Porque me querías?

RAÚL

(Haciendo esperar su respuesta). No.

MARTA

(Reconcentrada) Ah!... (Calcula nerviosa su último golpe).

RAÚL

No luchemos. (Pausa).

MARTA

(Parándosele delante después de escudriñarlo con la mirada). Cómo me encuentras?

RAÚL

(Analizándola lentamente). Ah, capullo de rosa de pecado... te encuentro así! (La estrecha y besa á la fuerza).

MARTA

(Sacudiendo las plumas). Ya lo ves... Ahora ponte á meditar en lo que harías si yo te devolviera el beso... ja ja ja!... Si no me hubieras besado habría empezado á interesarme por tí; te has vendido, ya no hay misterio para mí... (Se ríe de él).

RAÚL

(Herido, amargo, iracundo casi). Qué sabes tú, chicuela?! Como el beso que te he dado, he dado mil! Y ya que tus progresos en la lectura me autorizan á darte á descifrar una charada, escucha:... (Transición á una amargura despreciativa). Como el beso que te he dado, he dado mil! (Marta baja la cabeza) (Firmísimo) Y ahora, adiós!

MARTA

(Después de rápida pero violenta duda). No!

RAÚL

(Siempre enérgico). Sí, adiós! (Antes de salir, suave, vago, extendiendo la mano para subrayar cierta maléfica profecía, pero sin hacer pausa después de lo anterior). Alguna vez nos veremos...

MARTA

(Luchando consigo misma). No, no te vayas, no, no! (Lo

*trae, y costándole su confesión pero haciéndola al fin). Yo... también... te quiero...! (Se muerde los labios, su agitación interior es extraordinaria, y es cruel, pues apenas debe revelar la).*

RAÚL

*(Con calma, sabe dominar su súbita fiebre). Si es así... nos queremos los dos... (Le toma las manos y de este modo, compenétranse un instante en su fuerte emoción. Suena la campanilla y estorbu un beso que iba á ser franco esta vez. y entonces se apartan sin mirarse; él despeinando lentamente el cabello próximo á sus sienes, ella cubriendo rápida una mano con la otra contra su cuerpo, y clavando la vista en el suelo).*

## ESCENA VI

DICHOS, DOÑA LAURA Y MARCOS

DOÑA LAURA

*(Observa la situación, ellos no la ven de pronto. Cruza de la puerta al foro y al cruzar, suave, felina, como dando simplemente la noticia) Viene Marcos. (Se cerciora en la galería, vuelve) Pero están casi á oscuras? No hay luz? (Gira el interruptor, da luz á la araña en dos tiempos, y á Marcos que llega) Mira quien está.*

MARCOS

*(Con sombrero puesto, excesivamente jovial) Raúl! (Deja sobre un mueble. libros y un envoltorio).*

RAÚL

*Oh, impagable! (Se abrazan) Qué tal...? (Entretanto Marta ha ido á curiosear el envoltorio).*

MARCOS

*(Al abrazar á Raúl). Bienvenido!*

MARTA

*(Con gestos de asco al hallar una calavera). Ah, qué inmundicia!*

MARCOS

*Eso es para el curioso... (Rien. Marta que sólo ha tocado la envoltura, se limpia las manos, se huele los dedos y se tranquiliza. Doña Laura, personaje dubitativo en la mayoría de los casos, acompaña con gestos. asco y risas) Raúl por acá...*

DOÑA LAURA

Se va á Norte América, nos deja para siempre el muy pícaro.

MARCOS

Te vas?! A que te vas, hermano? Es cosa de locos! Las yankees son poco celosas y nosotros no estamos á gusto sino con mujeres celosas. (*Marta curioseá ahora los libros que trajo Marcos y se roba uno.*)

RAÚL

Eterno Marcos...

MARCOS

Como que somos prototipos de un amor propio... que está lejos de ser... autorespeto. Cuándo te vas?

RAÚL

(*Duda y mira á Marta con disimulo. Esta lo mira con naturalidad pero tose.*) Mañana á las diez me embarco Si te animas... Aunque tus estudios... libres...

DOÑA LAURA

Ah! Cómo me gustaría que trabajaran juntos!

MARCOS

Pero dejarlas solas á ustedes... no te entenece mamá? O lo estás deseando? (*Canta esta frase.*)

DOÑA LAURA

Como no se irían para siempre... y no mañana, sino...

RAÚL

Naturalmente, dentro de algún tiempo... y quizá se resolviera tu mamá y concluyéramos yéndonos todos...

DOÑA LAURA

Quién sabe... Quién sabe...

MARCOS

Por lo visto has venido á revolucionar la fantasmagoría femenil.

MARTA

Te parece?

DOÑA LAURA

Hijo, no seas loquito.

MARCOS

Loquito? Qué fina estás mamá!... Loquito... Yo soy muy serio!

MARTA

En casa y cuando andas pobre, pero quién te sufre!

MARCOS

Y afuera también, encanto. Ustedes no quieren oírme porque mis veintitres años...

DOÑA LAURA

Cómo veintitres? Veintinueve mi hijito.

MARCOS

Bueno mamá, veintinueve con colita, sin contar los dientes de abajo, un empacho y la viruela boba. *(Solemne, levantándose un momento, y con voz grave y fuerte)* Veintinueve con colita! Los suficientes para dirigir á esta familia desorientada!

MARTA

Brújulo!

DOÑA LAURA

Hijito!

MARCOS

No te parece Raúl? *(Mientras Marcos continúa, Marta que ya estaba preocupada, se aparta indicando con un gesto la locura de aquel. Va hacia la galería y Marcos aprovecha su corta ausencia para aguzar sus frases)*. Me toman por calavera y creen que ser calavera es trasnochar cenando pavo fiambre. Ese no soy yo! Protesto enérgicamente! Busco al bello sexo como objeto de observación, de fino análisis, por sus curvas morales... Toda alma femenina es un looping the loop... Y el estudio completo... *(Levantándose y con inmensa delicia, sin apurar)*. Oh, el bello sexo flexible! Es el único eslabón que no se rompe, en la cadena que nos ata á la vida!

DOÑA LAURA

Qué horror!

MARCOS

Horror mamá? Horror este baile, por ejemplo?

DOÑA LAURA

Marcos!!

MARCOS

*(A Raúl)*. Defiéndeme tú. Las asusta su sombra.

RAÚL

Nadie te cree malo; pero es hora de que resuelvas algo serio para que tu mamá te confíe lo que desees. Ella no ha visto muchas buenas condiciones tuyas porque tú no las haces ver.

DOÑA LAURA

Ahí tienes. Mejor no hubiera hablado un padre.

MARCOS

Un padre descalzo. Lo ves? Mira lo que ganas. Haces el efecto de un sacristán... *(Con falsa seriedad)*. Ese es el secreto, Raúl, ese es el secreto de muchos contrastes... ja ja! Sermones de cuaresma. Me voy á mi cuarto. Vamos, si te dejo acá te van á conquistar para que prediques los sábados.... la abstinencia del viernes.... *(Recoje los libros y la calavera que trajo)*. *(Autoritario)*. Marta, ese libro, que falta! *(Marta lo entrega sumisa)*.

RAÚL

Con permiso señora, no se aflija por este niño.

DOÑA LAURA

Déle consejos Raúl. *(Con voz meliflua, mimosa y acentuando «consejos»)*.

MARCOS

Para eso lo llevo. Tengo un caso mamá que si te lo contara...

DOÑA LAURA

No, no, no, gracias, díselo á él. *(Siguiendo con la vista á Marcos que sale con Raúl)*. Igualito al abuelo!

## ESCENA VII

DOÑA LAURA, MARTA

DOÑA LAURA

Qué haces mi hijita?

MARTA

Nada mamá.

DOÑA LAURA

Has oído á tu hermano?

MARTA

Por no oirlo me vine aquí. (*Está con el brazo en alto y apoyada la mano en la puerta del foro, mirando al jardín*).

DOÑA LAURA

Siempre con reproches para su pobre madre... Siempre con que yo no las sé educar!

MARTA

Y á él quién lo educa!

DOÑA LAURA

Felizmente es delante de Raúl... tan bueno, no?

MARTA

Ah... sí, tan bueno...

DOÑA LAURA

Estás distraída?

MARTA

No mamá?

DOÑA LAURA

Y tú, cómo lo has encontrado?

MARTA

Yo?... No sé...

DOÑA LAURA

No... no, no... te parecería bien?

MARTA

(*Nerviosa*). Cómo?!

DOÑA LAURA

Por mí ya no hay obstáculo. Me ha dicho Leonor que las cosas han cambiado, y si él se empeña... Sería muy difícil hacer que él se empeñara?...

MARTA

Mamá, esto es una sorpresa; cambias así?

DOÑA LAURA

Ha cambiado él, no yo. Antes no le hubiera dado mi hija así nomás, avergonzándolo á él mismo de tener una mujer que le pagara la casa. Y al hacerle un mal, hacérselo á ella... Hablan de que una es interesada, pero los que dicen eso, no comprenden las zozobras de una madre...

Las zozobras... y también las ambiciones!!! Si he merecido la suerte de tener una hija linda, que me cuesta mis dolores de madre, y me resarce de otras desilusiones, está en mi derecho tener ambición!! (*Marta está agitada por sus propios pensamientos y por el discurso contradictorio de su madre*). Qué dices?...

MARTA

No! Ahora veo claro! Y me dan ganas de llorar...

DOÑA LAURA

(*Interrumpiéndola*). Qué dices?!

MARTA

(*Firme*). Soy yo, no es tu oposición lo que me impedirá casarme con él!

DOÑA LAURA

El te quiere hasta morir, porque eso se ve, y es de nobles sentimientos, no es un corazón vulgar. Creo que te quiere tanto, que hasta se casaría con Angélica por ser algo nuestro. Y tú... yo hubiera jurado que alguna simpatía sentías por él.

MARTA

(*Calmada un instante, y mirando á otro lado*). Sí, por eso me comprometí...

DOÑA LAURA

(*Levantándose alarmada*) Te comprometiste?!!

MARTA

(*Sin mirarla*). Porque soy una romántica estúpida! (*Más bien piensa en lo que hizo que le importa decirlo*).

DOÑA LAURA

Perla!!

MARTA

Y ahora estoy arrepentida!! (*Estos tres parlamentos de Marta, van creciendo pero en un mismo tono*).

DOÑA LAURA

(*Perpleja*). Ah, jugar con fuego así!

MARTA

(*Ahora, gozando agitada al recordar*). Me comprometí en un impulso, en un ímpetu, en una batalla!... Y he sido sincera, pero llegué muy lejos! No sé lo que he

hecho! Lo quiero mucho pero lo quiero un rato; cuando me violenta, cuando se enoja... no sé, no sé!... Es un franciscano como dice Marcos; siempre á mi lado, me produciría una mezcla de miedo y aburrimiento. Es el tipo del marido! Ah, estoy ardiendo!... No me negarás mamá que querer á un hombre sólo cuando lo sacamos de quicio... Prefiero otro, más loco, más vivo, más alegre, al que no haya que atormentar para querer! (*Unas frases las dirige á su madre, otras no*).

DOÑA LAURA

(*De pronto á breve pausa*). Yo arreglaré ésto!

MARTA

(*Rápida y firme*). No mamá.. (*Se le ha acercado, y modulando á un tono de ternura natural, poniéndole las manos sobre los hombros*). Ya sabes mamita, (*la besa*) nuestra confianza á condición de que en asuntos personales...

DOÑA LAURA

(*Estupefacta*). Asuntos personales... Pero le dirás ahora que no?!

MARTA

(*Con gran expresión de incertidumbre*). No sé. (*Pausa*). Puede ser que esto se me pase. (*Pausa*). Tengo que hablarlo otra vez y calcular... si no nos divorciaremos.

DOÑA LAURA

Ah, si tu padre viviera! (*Lloriquea un poquito*).

MARTA

Pero qué? Vas á llorar? Venne sufrir mamá mucho más que tú! (*La abraza*).

## ESCENA VIII

DICHAS, LEONOR Y ANGÉLICA

(*Leonor y Angélica del foro con sombrero, flores etc., cautelosamente y sonrientes. Al ver á Doña Laura y Marta llorando, sueltan las flores, cartera etc. y corren, Leonor hácia Marta, Angélica hácia su mamá, á consolarlas*).

LEONOR

Qué es ésto?

ANGÉLICA

Por qué lloran?

DOÑA LAURA

Y ustedes? Yo pregunto... De dónde vienen niñas?  
*(Leonor y Angélica fingen vergüenza).*

MARTA

*(Con sonrisa protectora).* De comprar flores...

LEONOR

*(Inocente).* Nos fuimos de una escapada. De paso encargamos unas cuantas cositas. Ahora las van á traer con la cuenta.

ANGÉLICA

Flores para la mesa, mamá.

DOÑA LAURA

*(Dolorida).* Ah, criaturas, parecen varones! *(En un ímpetu de terrible energía).* Les prohibo que salgan sin permiso! *(Las tres niñas rien á escondidas, pero Marta menos).*

LEONOR

Por qué lloraban?

DOÑA LAURA

Chist, silencio, recojan eso! Angélica, es necesario que impidas el viaje de Raúl!

ANGÉLICA

*(Perpleja, después de un brusco movimiento).* Yo?! Yo?! Y cómo?! Cómo voy á hacer yo?! *(Rien las otras y ella compungida)* Sí, lo que ustedes quieren es reirse de mí!

DOÑA LAURA

No sé lo que digo! Recojan, recojan eso! Vamos, que no nos vean los ojos hinchados! *(Vase rápida, la siguen Angélica y Leonor. Marta queda un momento sola y pensativa).*

ESCENA IX

MARTA, RAÚL, MARCOS.

MARCOS

*(Entrando).* Ja ja ja! *(A Marta que deja un instante de recojer flores).* Qué hacés ahí! Ofelia... Mira esto, Raúl *(Ante el silencio de Marta, que no está para bromas, y Raúl que desea quedarse solo con ella, sinje socarronamente disculpar-*

*se para salir*) ¡Con permiso... ustedes disculpen. No, de ningún modo, sería indiscreción! No insistan. Quédense solos no más. *(Se pone las manos en las caderas imitando á "Carmen" en el principio cromático de la habanera y después de cantar en falsete, finamente, dos ó tres compases directos á Marta, continúa sus pasos hácia la puerta y sale. Raúl rie. Marta enojada por la visible alusión, tiene un ímpetu de perseguirlo).*

## ESCENA X

MARTA, RAÚL

MARTA

*(Al perseguir á Marcos).* Ahora verás!

RAÚL

Perla, un secreto.

MARTA

Ya vuelvo *(Amable)* Qué secreto?

RAÚL

Acércate, un secreto no se dice á gritos. Al fin de tantos años... *(Quigre tomarle las manos).*

MARTA

*(Seria).* No, desde ahí... lo pueden ver.

RAÚL

«Lo... lo pueden ver»... *(Se emociona mucho).*

MARTA

Ya vuelvo, eh? Luego, después de comer le voy á explicar todo. *(El le vuelve la espalda y ella da unos pasos, gira medio cuerpo y se detiene á mirarlo, gozando su ridículo).*

RAÚL

*(Al rotverse, meditativo y no sarcástico).* Corazón de cuartos de hora...

MARTA

*(Volviendo decidida y seria).* Raúl, vamos á hablar... Soy muy joven como usted sabe...

RAÚL

Lo sé y te ahorraré palabras. No he de aplicarte la ley común. Eres libre. Encantado de que sea ahora y no después... ¡Inocencia la mía! Basta, ni una palabra más! Se acabó!

MARTA

(*Con asombro exagerado en que trasluce la burla*)...  
Me odia?

RAÚL

(*Cerrado y sin mirarla*). Casi. Te he querido con todas mis fuerzas! Ahora, ni tu nombre, ni tu sombra! Y tu recuerdo, yo me lo arrancaré!!

MARTA

Tanto empeño es flaqueza... (*Desliza, aventura esta reflexión*).

RAÚL

(*Distraído de su enojo*). Confieso... Tus veleidades me atraen.

MARTA

A usted, tan serio y tan fiel?

RAÚL

(*Confirmando su propia opinión ya que la expresó*). A mí... tan serio y tan fiel!

MARTA

Raúl, yo soy mala.

RAÚL

(*Rápido*). Por lo mismo! No sé... Si, debe ser por lo mismo!

MARTA

(*Sentenciosa, moviendo la cabeza y recalcando suavemente «abismo»*) La atracción del abismo...

RAÚL

(*Confirmando*). El vértigo! (*Cortísima pausa*).

MARTA

(*Luminosa y enérgica*). Entonces usted también es malo.

RAÚL

Suelo serlo...

MARTA

(*Altiya, serena, sonriente, sonora en las «i»*)... Y haría por mí?

RAÚL

(*Sin poder disimular que se derrite al mirarla*) Todo!

MARTA  
Una locura?

RAÚL  
Varias!

MARTA  
Resuelto?!

RAÚL  
Resuelto!

MARTA  
*(Como el felino que da un paso atrás antes de saltar).*  
Mire que... *(Dando el salto con finura y no fijeza).*  
Robar? Matar?

RAÚL  
Eh?! Qué pregunta! Estás loca?... Mataría, si tú me traicionaras!

MARTA  
*(Seria y con interés).* A quién?

RAÚL  
*(Después de una sorpresa y una vacilación, con cómica saña).* Al otro!!!

MARTA  
*(Con más interés).* Y á mí?

RAÚL  
A tí... *(Recién se recobra).* Esperaría la ley de divorcio, me divorciaría y después... volvería á festejarte!

MARTA  
*(Desilusionada con sorpresa de Raúl).* Pasión fría... yo hubiera deseado que me dijera que me malaría á mí... *(Rápida y riendo con malicia).* En ese caso que usted cree posible... porque es usted el inventor... *(Seria).* No llegue á engañarse fingiéndose cínico; conténtese con su temperamento de hombre moral. Eso que se le ha ocurrido lo piensa un marido antiguo con incrustaciones modernas. *(Sonríe).*

RAÚL  
*(Comprendiendo poco).* Está bueno...

MARTA  
*(Repitiendo las palabras de él).* Volvería á festejarte...

Con el carácter sagrado que el esposo «en fracaso» prestaría al nuevo novio... (*Transición*). Dígame si eso no es antiguo, medioeval... (*Riendo*). Acabariamos casándonos otra vez!... (*Iguat transición*). Dígame si esto no es modernísimo... La novia «fenix» y el novio «póstumo». (*Sonríe*).

RAÚL

(*Comprendiendo más*). Está bueno...

MARTA

(*Rematando*). El estado beatífico de su alma es el de amor á la novia mística; ahora se ha enamorado de un diablo, pero en vez de convertirse en diablo también usted, (*Riendo*) quisiera que yo me hiciera santa...

RAÚL

(*Clavado en su sitio, reabnmente atontado*). Me dices tonto?

MARTA

(*Naturalmente*). Le recomiendo á Angélica... la paz del espíritu en la certeza del bien. (*Sonríe*) Además... se parece á mí... Si usted se resuelve... béseme si quiere, un hermano puede besar á su hermana... (*Ríe*).

RAÚL

(*Ya picado*). Por quién me tomas?...

MARTA

Por el caballero de la charada.

RAÚL

..Sabes que desconfío de tu... de tu...

MARTA

(*Touchée au coeur*). Eh?!... Raúl, no esperaba eso de usted!! (*Queda absolutamente desorientada y nerviosa*).

## ESCENA XI

DICHOS Y MARCOS. ENSEGUIDA, LEONOR; LUEGO DOÑA LAURA. DESPUÉS ANGÉLICA

MARCOS

(*Que ha presenciado el final anterior, desde que Marta dice: «béseme si quiere, etc.», que al oír ha expresado gran seriedad y se ha sentado cautelosamente. Esforzando su tono de broma*). Rompimiento. catástrofe...! (*Se asustan Marta y Raúl*).

LEONOR

(*Con flores*). Vean qué rosas... (*Ve la seriedad y espere*).

MARCOS

Beso! Charada! Geroglífico!

MARTA

Mira Marcos, imbécil perfecto, vas á exasperarme hasta que no pueda sufrirte más!

RAÚL

Eres bastante indiscreto!

MARTA

(*Yendo hacia el interior*). Mamá, mamá! (*Se enreda la pollera en un sillón*).

MARCOS

(*Con honda ironía*). Soy un loquito, no la oíste á mamá?

DOÑA LAURA

(*Hallando á Marta en la puerta*). Qué es ésto, mi hija querida?

MARTA

(*Escondiendo la cabeza en su seno*). Marcos...

DOÑA LAURA

Ah, Marcos! (*Bajo á Marta y viniendo con ella*). He pensado y veo que tienes razón. (*Alto*). Siempre Marcos! Qué dirá Raúl, por Dios, que este hijo es la vergüenza de mi casa! (*Bien enérgica esta palabra «vergüenza»*).

MARCOS

(*Saltando de su asiento*). Ah, la vergüenza!... La debilidad, la frivolidad, la falta de rumbo que me echan en cara, esa es la vergüenza!

RAÚL

Pero Marcos...

MARCOS

(*Firme y creciendo hasta la transición final*). Sí! Ya es hora de que yo resuelva algo serio... Esperaba la ocasión, como ves. Hace tiempo que ellas hablan demasiado de ti... (*Zozobra de ellas, sonrisa vanidosa y disimulada de Raúl*).

Hace tiempo también que duran tus tormentos, que ahora remalas con proyectos de viajes fantásticos y despedidas con emoción. Item más, regalos neurasténicos, (*Brusco movimiento de Raúl, que se siente tocado á fondo, y á su turno había empezado á alarmarse. Risas de las señoras en revancha*), algo así como un recuerdo de quien va á morir. En todo este tiempo, Marta... (*Marta aludida á su vez se encuentra molesta*). Marta no es para tí! Si tú has de casarle en esta casa para bien nuestro... Mira... (*Señala á Leonor*).

(*Agitación general, palabras á un tiempo*).

LEONOR		Marcos! No es manera de jugar....
MARTA		Está loco. ¡Qué barbaridad!
DOÑA LAURA		( <i>Perpleja</i> ). Son bromas pesadas!
RAÚL		Es curiosísimo...

ANGÉLICA

(*Entrando*). Qué sucede?

MARCOS

(*Enojado*). Sí señor! Repíto...

DOÑA LAURA

(*Resuelta de pronto pero tímidamente*). Mi hijito, no estás equivocado, no quieres decir Angélica? (*Esta se asusta*).

RAÚL

Ja ja ja! Si me combinan un sainete...

MARCOS

Es inocencia mamá, tomar al bueno por tonto! (*A Raúl*). El sainete es en serio; te pido pues, que soportes tu ridículo como nosotros. He dicho muy seriamente...!

DOÑA LAURA

(*Rápida*) Y no sufriremos más!!

LEONOR

(*Suave*) Ni exajerés... (*Ella no sospecha las proporciones que Marcos dará al asunto*).

MARCOS

(*Sin hacer caso*). Te quiere he dicho, y es la única que sabría hacerlo: (*Leonor intenta interrumpirlo*) sería, verdadera y buena como tú. Algo oprimida ahora por la belleza de Marta, pero mañana, libre y amada, una esposa

discreta y fiel. No te vayas hermanita, Marta es más linda pero no sabe querer... La perlurba esa belleza que siendo exagerada, es grave indicio de desnivel en el corazón!

MARTA

Sí, sí, sí!

MARCOS

(*A Raúl*) Has visto feliz á un hombre casado con una mujer muy linda? La mujer que sobrepasa la altura de la belleza común, no es para la intimidad de un pobre marido, pescador ó rey; es para el mundo, para la exhibición, para el ruido... ó para Dios, como Santa Clotilde!... ó para el diablo, como Lucrecia Borgia!... ó es una pobre de espíritu... Qué tres temperamentos los de mis tres hermanas!

MARTA

(*Furiosa*) Y el tuyo? (*Gestos nerviosos de las demás*).

MARCOS

Qué es lo que sabe hacer Marta? Recitado de París, teñirse el pelo, adelgazarse, ponerse pálida, y de rosa de las pampas convertirse en flor de trapo francés!

MARTA

Si, si, si!

MARCOS

Y ésta? (*Por Leonor*). Esta sabe lo mismo que de música... «aburrida», de cuanto es bueno y simpático. Esta siente lo que estudia, y al que sepa apreciarla, si una noche vestido para un baile, ya cansado de esperar se resuelve á distraerse con una frase de Schumann... adios fiesta... ella aparecerá sin concluir su traje y sabrá decirle al oído que prefiere la fiesta del cariño (*Terrible*). Ironía de las injusticias, aquí la perla es Leonor!... Y tú? (*A Angélica*) tonta que pintas un loro porque eres ingenua y simple... tonta porque no sabes de secretos ni cabriolas del alma, ni enreditos... tonta que no eres coqueta pero eres pura y limpia, que vale más... ven, á mi lado... si tú no te casas... falta aquí nuestro padre pero yo no faltaré!!! (*Abraza á Angélica que se acerca sintiéndose protegida*).

DOÑA LAURA

Jesús! (*Llantos, suspiros, etc. Marta esconde la cabeza en el brazo alzado sobre el respaldo de otro sillón*).

RAÚL

(*Con voz discreta, como temiendo turbar el silencio*). Yo me retiro... y pido disculpas por mi presencia...

DOÑA LAURA

(*En un impulso*). No, Raúl! (*Da muestras de perplejidad y agitación. No quiere quedar en las garras de Marcos; sospecha, siente un protector en Raúl*).

RAÚL

(*Socarrón, deslizado la intención de un proyecto*). Sin ser de la familia oír ciertas cosas... (*Alzando la voz*). Esto ha sido el Diluvio!

MARCOS

O el Génesis: fiat lux!

MARTA

Bonita luz!

MARCOS

(*Suave*). Estoy cansado de decirte que no te pintes: tenía que demostrarte con la filosofía, la historia y la farmacia, que no te debes pintar... Por ser la primera vez... (*Firme é indicando bofetones*) la segunda, usaré la prosopeya! (*Inclinándose*). Naturalmente si aún dura tu menor edad...

RAÚL

(*Después de arrugar el ceño y mirar á ambos; sin moverse de su sitio, quijotesco, mirando á los piés de Marcos y accionando cerradamente solo con una mano. Rápido, sin embargo, lo que significa que no desafia sino que en el fondo, de algo se siente también culpable*). Protesto!

MARCOS

Raúl, Raúl...

MARTA

(*Rapidísima*). Brillante luz, un compromiso á la fuerza!

RAÚL

A la fuerza? Sería á la fuerza, Leonor?... Yo lo celebraría deliciosamente conmovido... No creo equivocarme si aseguro que el chubasco que nos ha mojado, ha sido simplemente una descarga de cariño... La descarga de una nube de afectos que, enhorabuena se ha resuelto en lluvia en vez de resolverse en rencores que quemar!...

Compromiso á la fuerza!... He vuelto á esta casa arrasrado qué sé yo por qué instinto, qué se yo por qué secreto...! Cada desdén era un dardo, pero nunca fué un dardo de veneno, y por eso, no bastaron tormentos ni lágrimas para alejarme, ni tuvieron poder las decisiones que tomé mil veces de huir de aquí. Y estando con ustedes me agitaba una oculta alegría, una profunda emoción, algo así como el temblor del alma... (*Transición á una especie de broma*) que fuera una mariposa... buscando el néctar de su vida entre las flores, y sin saber... cuál es su flor... La prueba más evidente pueden darla nuestras bromas, tan continuas, que fueron quizá un presentimiento (*Soltando la brasa*). Depende de tí...

MARCOS

No dejas de ser un rico tipo...

LEONOR

(*Con lenta sencillez*). Tome Raúl, su anillo. (*Marta se alegra*).

RAÚL

(*Ridículamente emocionado*). Ah, Ah, Ah, Leonor!...

MARCOS

Discreción de la franqueza... Falsos pudores de la verdad... qué síntoma desconsolador de decadencia!!

LEONOR

(*Suave*). No me comprometo... pero tampoco haré alardes de indiferencia...

DOÑA LAURA

Mi hija!... (*Teme á la sinceridad*).

LEONOR

No soy débil. Si algo siento... (*Se levanta, mira una de las rosas que trajo, que tiene en la mano, y no hallando mejor expresión para su pensamiento*), es el dolor de la rosa á la que se arranca un pétalo... (*Acompaña la acción á la palabra*). Pero los derechos son de Marta. (*Sonríe*).

RAÚL

(*Conteniendo su furor*). Perdón, perdón! (*Sofocado*) Ah...! (*Calmandose*). No sería posible ya... y para más adelante, buenos recuerdos... (*Quiere reír y no puede*) amables recuerdos recuerdos, nada más...! (*Con risa forzada*) Del dolor de la rosa... (*Con risa más forzada*). Ja ja ja!...

Ja ja ja!

MARTA

Mariposa...

RAÚL

Ja ja ja!

ANGÉLICA

Mosquito... (*Ahora Raúl y los otros ríen francamente*).

MARCOS

(*Suariter in modo...*). Muy bien, querido Raúl! Ni tú te casas con Marta, ni Leonor se casa contigo... Se acabaron las historias!... y los regalos...

RAÚL

(*Después de un instante, diplomático, inclinándose profundamente*). Se acabaron las historias... Métase uno á despedirse... Las historias eran tan agradables... y los regalos... (*A Leonor, como un reproche lejano*). Con muy poco de mentira hubiéramos engañado á la felicidad. Esa es la vida: un fondo de verdad, un poco de ilusión; ni todo lo real, ni todo el ensueño.

DOÑA LAURA

Una transacción con buena voluntad... Pero vamos á la mesa á filosofar. Marta con Leonor, las hermanitas que deben ser unidas. Marcos, que ya es hombre, con mamá. Y el señor filósofo, á quien deseo la mejor mujer, háganos el obsequio de pasar con Angélica. Ustedes los primeros.

ANGÉLICA

Del brazo, navegante.

RAÚL

(*Duda, mira á Angélica, saca el reloj como con deseos de irse, y con leve y amarga sonrisa se resuelve á quedarse*). Estás rosada tabla de salvación... (*Le ofrece el brazo*).

ANGÉLICA

Te parece que sin motivo? (*Está encantada*).

RAÚL

(*Al salir con ella, amable, iniciando un trágico «stirt»*). Tú enseñás mi nombre al loro? (*Salen. En un primer impulso doña Laura y Marta cambian señitas de regocijo. Aquella las reprime é indica silencio á ésta, conservando, no obstante, una sonrisa. Se dirige á Marcos*).

DOÑA LAURA

Vamos, mi hijo.

MARCOS

(*Retrocediendo*). No mamá, puedes seguir tú sola. (*Un silencio poco amistoso*).

MARTA

(*Enérgica tomando el brazo á su mamá*) Vamos mamá! (*Con desdén y rencor para Marcos*) No parece de nuestra casa! (*Marcos dibuja una sonrisa sarcástica y las mira salir acentuando su expresión con movimientos de cabeza. Rompe al fin en un gesto de abandono y de desprecio, y vuélvese hácia Leonor.*)

ESCENA ULTIMA

LEONOR, MARCOS

MARCOS

(*Volviéndose hácia Leonor y sin haberla visto aún*). Quedamos nosotros. (*Mientras se dirige á ella expresa un segundo su brusca sorpresa al verla abatidísima y llorosa*). Tonta! (*Se le ha acercado, se arrodiva junto a ella, la abraza y la besa*). Tontuela!

LEONOR

(*Entre sus lágrimas*). Pobre Raúl! (*Se abraza á Marcos*).

MARCOS

(*Desprendiéndola suavemente de sí con las manos en los hombros, sin que ella alce la cabeza*). Leonor... (*Levantándose y para cortar sus llantos, al par que no dejarse influir por ellos, adoptando un tono de broma cariñosa*) Y pobre Leonor... Ella siente el dolor de la rosa...

LEONOR

(*Velando un instante su emoción con un poco de literatura, levantándose, y con vaguísima sonrisa*). Pero él siente el dolor del rosal al que se cortan dos rosas...

MARCOS

(*Meditativo al hallar cierta verdad en la conjunción de ambas frases anteriores*). Y tiene que enviar su savia á una tercera rosa sin perfume... (*Ella se recoje en su seno*).

TELÓN.

## EL POEMA SILENCIOSO

---

En la «terrace» del gran hotel de Bois-le-duc, Roberto Delavigne, joven profesor del Liceo, proseguía su ensueño.

A su frente, abríase lleno de luz, el paisaje marino, con un viejo motivo de acuarela: en fondo azul dos lejanas velas latinas y en primer término las vocingleras gaviotas.

Manténia en él fijos los ojos pero no lograba distinguirlo. En su mente sólo percibía los sitios amigos que poetizara la delicada silueta de la señora Barny.

No bien iniciada la época de los grandes calores estivales, supo que ella había partido de París para la estación balnearia de Bois-le-duc, y, sin querer confesárselo á sí mismo, al ver vacía la casa de enfrente por vez primera, le pareció solitario su cómodo cuarto de soltero. Repentinamente una secreta esperanza le impulsó á seguirla.

Sin embargo, no se unía á ella sino por un tenue hilo forjado en su imaginación. Todas las tardes, desde hacía un año la misma escena muda se repetía sin graves interrupciones. Cuando después de dar fin al hojear de gruesos volúmenes, infolios olientes á vejez que le servían para documentar su clase de historia natural, levantaba los ojos de la mesa de labor, distinguía á la señora Barny que, apoyando el busto en el balcón de bronce, contemplaba como un espectáculo las variantes infinitas que ofrece siempre la calle de una gran ciudad. Como á menudo aquellos brillantes ojos pardos se inmovilizaban en la persecución de algún detalle, él no pecaba de indiscreto aprovechando este olvido involuntario que ella hacía de sí misma, para observar á su placer, la boca sensual, la pesada cabellera castaña y el pecho amplio, erguido, pletórico de salud. Así pudo notar si algún percañe callejero la movía á risa, al mismo tiempo que su dentadura perfecta, dos hoyuelos que se hundían en

la nube rosa de las mejillas con extraña seducción. Y si el viento, el pícaro viento parisien, descomponíale el peinado, su pequeña mano describía en el espacio, al pretender recoger las sutiles hebras flotantes, esos signos vagos que se hacen cuando se busca lo casi impalpable. ¡Adorables grolificos que él se empeñaba en descifrar!

En esta muda contemplación, caía paulatinamente el crepúsculo, acelerado por los altos edificios. Las sombras iban esfumando las líneas y á la precisión de los perfiles sucedíase la vaguedad de los esbozos. Ya no se veía, se adivinaba más bien en la forma incierta del balcón, á la señora Barny que continuaba mirando á la calle. La ola humana calmábase por un instante y una dulce serenidad penetraba en todo. El esfumado silencioso en que se sumergía el paisaje, libertaba al espíritu de impresiones fuertes y en la quietud de su *chaise-longue*, Roberto, abstrayéndose del alma de las cosas, ascendía suavemente en el ensueño.

La imagen de la señora Barny brillaba entonces un punto y palidecía. Ella había deshecho apenas concebidos sus proyectos de enamorado tímido y sin experiencia. En cierta ocasión, después de haber vencido la torpeza de su carácter, pretendió insunuar un amable saludo. La breve y fría respuesta que obtuvo, hizole comprender cuan ligeramente había procedido. La sabia casada y quizás ningún reproche podría hacerse á su honra, pero la cariñosa insistencia con que los ojos pardos se dirigían á alguien invisible para él, pues habitaba la casa vecina á la suya, impresionábalo hasta el punto de forjarse dolorosas suposiciones ¡Sólo á un amante, pensaba, se mira con tanta dulzura!

Durante estas sus reflexiones más comunes, en la calle iba creciendo el rumor. Vehículos y peatones se cruzaban apresurados en medio de una algarabía que aumentaba por momentos con la última excitación de un día de labor. Uno que otro escaparate se iluminaba marcando un rectángulo claro en el pavimento. Trás las ventanas pasaban puntos brillantes y por fin á lo largo de las calles, todos los focos se encendían bruscamente con un parpadeo fugaz.

De nuevo en el balcón surgía la vecina, bañada en la palidez eléctrica. Una voz de bajo parecía preguntar desde el interior de la casa, algo, que los rumores ahogaban. La cabecita y sus rizos asentían y un momento después el balcón quedaba solitario.

En el alma de Roberto la melancolía deshojaba una á una sus ilusiones...

... Y al pensar que se encontraba en Bois-le-duc, atraído por una quimera, el joven profesor dejó caer el cigarrillo que se había apagado entre sus dedos y poco después descendía por la amplia escalinata de la «terrasse», en busca de impresiones.

---

Emprendió su paseo á lo largo de la costa cuya playa se extendía en brillantes arcos de oro recortados prolijamente por las líneas oscuras del bosque y del mar. Incomodaba aún el sol, pero la ola seducía con su frescura y la baja marea dejaba al descubierto la superficie endurecida y húmeda de las arenas, sobre la que se marchaba sin fatiga.

Alejóse insensiblemente y sólo midió la distancia recorrida cuando ya no le fué posible distinguir en el horizonte las torres del hotel. Quiso entonces volver sobre sus pasos, pero en ese instante una voz de timbre femenino que parecía demandar ayuda lo detuvo.

No muy lejos del sitio en que él se encontraba, distinguió una mujer apoyada en un peñasco, que le hacía apremiantes señas con un pañuelo.

La sorpresa lo paralizó al reconocer á la señora Barny. Acercóse invadido de una emoción creciente.

Dentro del apretado marco de un gran sombrero de playa, veía destacarse el rostro expresivo cruzado en ese momento por un sombra de disgusto y ansiedad. No bien se hubo aproximado, ella se apresuró á dirigirle la palabra con estudiada cortesía.

— Señor, le dijo, excusáreis mi atrevimiento, pero os he llamado sabiendo que ofrecer el medio de hacer una obra piadosa es siempre motivo suficiente para perdonar á una inoportuna.

Y dióle en seguida con verba fácil todos los detalles del accidente, mientras, nerviosa, trazaba en la arena con su sombrilla una carta ferrocarrilera con sus líneas y puntos estaciones terminales.

Había subido sobre un alto peñasco para dominar á su placer el panorama y al descender lo hizo con tan mala suerte que había resbalado luxándose un pié. Esto la imposibilitaba para seguir su camino y creía ya difícil hallar una persona que la socorriera, por ser el sitio tan poco frecuentado cuando alcanzó á distinguirlo. Su presencia providencial la llenaba de alegría. ¡Ah! sentíase por fin, libre

de la terrible perspectiva de una noche pasada á la intemperie en un lugar solitario á donde únicamente llegaban las aves marinas ó los poetas.

El escuchaba desconcertado la dulce cadencia de su voz. Lo imprevisto del escentro volatilizaba en su imaginación las mil fórmulas galantes que son de práctica para contestar á una mujer hermosa, y cuando ella hubo dado fin á su relato, sólo alcanzó á balbucear:

—Señora, soy feliz en poder...

Y su pensamiento quedó trunco ante la magnitud del problema que de improviso se presentaba.

En vano discurrió en busca de una solución. Ninguna de las halladas tuvo la virtud de agradar á la señora Barny. Roberto empezaba á desesperarse. ¿Qué hacer? ¿Volver al hotel en busca de ayuda? Sería abandonarla nuevamente. ¿Improvisar unas angarillas para transportarla con el auxilio de algunos pasantes que habrían de encontrar cerca de allí?

—¡No! ¡No! repetía la señora, temerosa de entrar al hotel sobre el verde de las ramas como protagonista de alguna catástrofe y provocando una impertinente curiosidad.

Profundábase así la situación, con fatiga de la enferma.

De pronto, una idea despertó en Roberto el bosque cercano.

—¡Si ella pudiera marchar despacio, apoyada en su brazo, hallarían entre los árboles un sitio fresco para descansar siquiera un instante!

La idea le pareció de perlas. No cedía el dolor, complacábase con la posición violenta y la inmovilidad hacía el calor insoportable. Sin duda, la sombra, aliviaría en algunos males.

Emprendieron la marcha lentamente, evitando los altibajos de los médanos, mientras ella apoyaba con fuerza su brazo redondo y mórbido que encendía el deseo.

De vez en cuando, para buscar el buen sendero, el cuerpo cimbreado tenía que rozarlo. Extremecíase entonces y era tal la emoción que creía notar en su cerebro la total ausencia de ideas.

—¿Sufría mucho? la interrogó solícitamente. Aún dos pasos. Ya estaban. Allá... entre los pinos había un tronco caído. ¿Lo veía?... ¿Sí?... Debía de ser un hermoso sitio.

Y llegaron mientras él en vano buscaba la palabra conmovida por la pasión que el fuego que corría por sus venas debería sugerirle.

Los pinos verdes y zumbantes, abriense en círculo; los rectos tallos, estriados y ennegrecidos semejaban columnas de un templo que han visto las edades. Una claridad difusa penetraba por la cúpula de retorcidas ramas, se acentuaba con el tono claro del césped y volvía al ambiente luminoso. Un viejo tronco, abatido por algún leñador, se carcomía abrasado por las gramillas lujuriosas, en medio de sus compañeros inmóviles que parecían inercerlo con su eterna y melancólica sonata.

La señora Barny se sintió impresionada por la agreste dulzura del sitio. Sentóse con abandono sobre el grueso pino y á no haber sido el maldito dolor en el pié, hubiera gustado de toda la belleza solitaria que en esa hora tenía el pinar.

Pero el dolor recrudecía y quiso librarse de la estrechez de su botina, intentando desprender los botones que se resistían á la presión de sus débiles dedos.

Roberto, que permanecía silencioso frente á ella, le ofreció lleno de turbación, su rodilla.

Cuando se levantó después de haber suelto uno á uno, lentamente, los botones, tenía dentro de sí, algo como un amargo veneno.

El pequeño pié que había apresado entre sus manos, aquel nacimiento de la pierna entrevisto surgiendo como una incitación al placer entre las sedas y festones, lo sumieron en una embriaguez dolorosa.

Comprendía todo lo distante que esa hermosa mujer estaba de sus viejos sueños pasionales y de la locura que lo invadiera al sentir tan de cerca la tibieza de sus carnes. Y dió dos pasos para arrancarse de la poderosa sugestión que trituraba sus nervios fatigados.

Iba ya á huir sintiéndose vencer, pero se volvió para mirarla. Esto le perdió.

El traje de playa descotado, dejaba libre el cuello que era de una rara perfección. Blanco rosado, como hecho de un solo trozo de mármol pulido tenía esa inclinación graciosa que parece insinuar perpétuamente una cortesía. Los cabellos castaños se rizaban en la nuca, dando por contraste aún más pureza á la albura de las carnes. La brisa hacíalos ondular ligeramente. En la pupila de Roberto se fijaron entonces como una obsesión las pequeñas espirales brillantes que fueron creciendo, dilatándose sobre las carnes de suavidades de raso, hasta llegar á él envolviéndolo prisionero entre la red de sus finas hebras.

Un perfume fresco ascendía del cuello de diosa como de un pétalo de jazmín. ....

Entonces, poseído del vértigo, olvidado de todo, como un viejo sátiro impaciente, se inclinó con brusquedad y un beso sensual, quemante, hizo estremecer á las escondidas divinidades del bosque. Sólo los altos y sonoros pinos fueron testigos de la estupefacción de la señora Barny. . . . .

Ya llegaba la noche cuando la señora Barny se desprendió de los brazos de Roberto.

—Marchemos, dijo, se hace tarde.

La botina que reía abandonada en la yerba, fué calzada en un instante. El pié que nunca estuvo dolorido, besado amorosamente.

—Dime, le preguntó Roberto que volvía poco á poco de su sueño preso de unos celos instantáneos. ¿Porqué mirabas siempre con tan amable insistencia el balcón vecino?

—Porque... porque, titubeó,—allí estaba él,—en su oficina de negocios, que presintiéndote desde que empezé á amarte, fiscalizaba mis menores actos. Hube de ser circunspecta para que no te adivinara...—

—¿Y tú, interrumpió Roberto, deslumbrado, cómo has podido ocultar tanto tiempo una pasión contra cuyos impulsos invencibles en vano se intenta luchar?

Ella se estremeció voluptuosamente. Sus labios rojos y húmedos que se entreabrieron para confesar una íntima sensación, volvieron á cerrarse, callando en ese supremo silencio la exquisita historia de un placer largamente soñado.

R. FRANCISCO MAZZONI.

---

## LAS ALEGRÍAS DEL SOL

---

### I

Elogiemos el Sol cuya alegría  
hasta el alma se infiltra, y cuya clara  
lumbre sazona los trigales, para  
que tengamos el pan de cada día.

Encomiemos su llama nunciadora  
de la tensión del músculo. Adorada  
sea devotamente, y alabada  
en el alba, en la tarde, á toda hora.

Querrámosle y cantémosle con toda  
nuestra sinceridad. Vaya la oda  
hasta su trono mismo, y cada verso  
se carbonice en su fulgor dorado,  
como un insecto mísero y quemado  
en la hoguera vital del Universo.

### II

Un alocado sol de primavera  
á mi recinto por entrar se afana,  
y ríe en el cristal de la ventana  
con su dorada risa mañanera.

Sus fulgores perforan la vidriera  
y me traen en loca caravana  
el saludo cordial de la mañana  
en la dulce ficción de una quimera.

Se largan á volar mis alegrías  
en dirección al Sol, como teorías  
rondando en torno de un dorado mito;  
abro de par en par la huerta amena  
de mi vieja ilusión, y á boca llena  
bebo en sorbos de luz el Infinito.

## III

Es un día ideal. El mes de Octubre  
se exterioriza en profusión de rosas,  
y el risueño jardín de mariposas  
y de fragantes pétalos se cubre.

Vendimiario elabora. Primavera  
en el surco custodia la simiente,  
y el viento arrulla perezosamente  
el rubio despertar de la pradera.

La luz del sol de la mañana ondula  
como un dorado lábaro, y se enrula  
en la fronda, en el aire, en las colinas.  
Hay un blanquear de ovejas en las lomas,  
un arrullo risueño de palomas  
y un alegre volar de golondrinas.

## IV

Pardea el surco en la amplitud del llano  
apto para el bautismo de la siembra,  
y se entrega la tierra como hembra  
á la solicitud del hortelano.

La generosa luz el campo inunda  
como si el cielo descendiese en ríos  
de lumbre, y en los grises sembradíos  
pone su rubia bendición fecunda.

Hermosa la muchacha como el día  
dice el himno augural de la alegría  
que le emborracha el alma y le atolondra,  
y melódico suena en su garganta  
como la diana matinal que canta  
bañada en sol, la familiar alondra.

DANIEL ELIAS.

## “LA FANCIULLA DEL WEST”

---

No todo el público que atestaba el Colón, acogió con entusiasmo la novísima ópera del maestro Puccini, en la noche de su estreno.

Acostumbrado á la páginas sencillas, si bien armoniosas, de la *Bohème*, de *Manon* y . . . digamos también, de *Madama Butterfly* y *Tosca*, desorientóse ante un Puccini, que de buenas á primeras, le resultara inesperado.

Esto sucedióle aunque estuviere en antecedentes de los relatos que hizo la crítica extranjera al estrenarse la obra en Nueva York, y de los triunfos que había conseguido en Roma.

Naturalmente, no es la mayoría del público la que se presta á cavilar sobre la capacidad evolutiva de un autor. Estas más ó menos útiles meditaciones las deja por cuenta de quién, como nosotros, sufre veleidades de escribir ó discutir asuntos de arte, en la ilusión de ser siempre razonables.

A decir la verdad, no nos parece ilógico que una parte del público que asistía el estreno de la *Fanciulla del West* en el Colón, no llegara á entusiasmarse por la nueva partitura pucciniana, aunque nosotros participemos convencidos de la admiración que manifestó la otra parte del público, aquella que siendo la menor en la primera audición, fué creciendo cada vez más en las siguientes representaciones, llegando á convencerse completamente de que Puccini nos ha dado en esta su última creación, una magnífica obra de arte. Reconoció al mismo tiempo, que el antiguo Puccini, benjamín de nuestros teatros, mantenía invariable, haciendo salvedades de detalle, su fisonomía de autor sentimental, demostrándolo el hecho de la sugestión gradualmente conquistadora ejercida por la nueva obra sobre el público por su feño.

El haber dado casi razón, más arriba, á la parte disidente del público, puede hacernos sospechosos de contradicción con nosotros mismos, puesto que nos declaramos admiradores sinceros de la obra.

Tal cosa se explica, si se piensa que también á primera lectura no se destacan en la partitura rasgos de amplio fraseo que se impongan enseguida al espíritu. Es necesario repetir la lectura, para convencerse de las condiciones eminentemente teatrales de esta ópera.

Se nos objetará que la ópera de méritos verdaderos es aquella que se impone de primera impresión al público, moviendo directamente sus fibras emotivas y arrebatándole el aplauso.

Sin embargo, cuentan las crónicas que fueron silbadas óperas de la envergadura de *Norma*, *Barbiere di Siviglia*, *Mefistófeles* y *Giocunda*; aunque es nuestra opinión que en ciertos casos, sobre todo en los colectivos,—del silbido al aplauso no media más diferencia que la que puede haber entre el llanto y la risa.

También se nos dirá que los músicos teatrales de hoy, tienen plasmada su propia facultad creadora como en un molde de invariables cromatismos, ó bien de una modalidad de ritmos que raramente abandonan.

De irreverentes se nos tacharía si llamásemos en nuestra ayuda el testimonio de ejemplos que fácilmente podríamos encontrar en las páginas de autores que hoy, con justicia, por cierto, veneramos como clásicos. ¡Cuántas similitudes no se hallan en tantas páginas de un autor con las de otro! ¡Y cuántas reminiscencias no surgen de diferentes creaciones de distintas épocas! Sin tener además en cuenta las características personales de los temas, que no pocas veces rayan en la simple imitación; lo que hoy se juzgaría como demostración de pobreza en la inventiva melódica.

Pero antaño la música era gustada por lo que en ella había de sinceros sentimientos, prescindiéndose de consideraciones y refinamientos hiperestésicos.

Hoy por hoy, que todas las artes, y aún la música, que entre ella es la menos susceptible de reglas y, por consiguiente, la más ideal de las musas: hoy por hoy que todas esas expresiones del estetismo humano parecen obedecer á las leyes de la filosofía materialista imperante; ¿cuáles no serán las preocupaciones de un compositor por no incurrir en aparentes plagios, desde que ya no se concibe la sensibilidad musical según el criterio sencillez de la vena melódica de otrora?

Después de tantos siglos de vastas producciones, creadas sobre siete notas fundamentales y otras tantas alteraciones, será necesario que el arte de los sonidos cumpla su natural élpisis que le permita volver, si no sobre sus anteriores pasos, á lo menos, próxima á ellos, para confirmar lo dicho por Verdi: «Torniamo all'antico».

Por ahora entretanto, maestros de indiscutible genialidad, entre los cuales cuéntase á Puccini, para llegar á impresionar hondamente al público en la complexión de sus obras, deberán recurrir forzosamente á los medios que les facilite la orquesta y á los rebuscamientos armónicos que más posibles les sean.

Con todo lo cual no entendemos, por cierto, aprobar á aquellos que, si bien valiéndose de una sorprendente técnica instrumental, han tomado por sistema la absoluta desnaturalización de los medios armónicos, contrariando las sencillas definiciones de la música.

\*  
\* \*

Expuestas estas razones, no nos queda más que acoger á la *Fanciulla del West* como una obra característica de nuestros tiempos. Y tanto más debemos aceptarla, por cuanto en ella nada hay que irrite susceptibilidades auditivas. A menos que no se trate de feliquistas de lo antiguo, irreductibles á las actuales tendencias.

Algunos acordes, que ejecutados en el piano resultan, diremos así, desacordes, oídos en la orquesta no nos chocan de ningún modo. Esto demuestra la maestría instrumental, conseguida por Puccini, que desmiente la aserción hecha hace poco, de que los músicos italianos no sobresalen en la ciencia de la orquestación. Desmentido que, por otra parte, ya fuera dado por Mascagni con su *Isabeau* maravillosa.

Pocas novedades melódicas hay en la última ópera del autor de *Bohème*. Pero las pocas que tiene son tan bien aprovechadas y fundidas tan magistralmente con los que en Puccini son lugares comunes, que éstos desaparecen, dejando una sensación perfectamente nueva, corroborando así, la fama de este maestro como mágico efectista.

No debemos negar que también esta vez el maestro luqués ha encontrado eficaz colaboración en las situaciones escénicas y en el colorido exótico del ambiente.

Las bajas pasiones en pugna con la intuición del bien; la casi dedicción al mal que guía á Johnson; la indomable

lascivia del scherif Rance; la fascinación que la belleza y la virtud de Minnie, fuerte en su misma debilidad, ejercen sobre una masa de hombres embrutecidos por la lucha con los elementos, á que los indujera la codicia del oro; el salvajismo lujurioso que emana de una cacería al hombre...; todo esto en fin, y algo más, ha contribuído sin duda, á elevar la fantasía del autor á la concepción de una obra que quizás tenga alcances de maestra.

Añadamos que la ejecución que nos dieron el Maestro Vitale con su equilibrada orquesta, artistas de la talla de la Sta. Agostinelli, Titta Ruffo, Ferrari Fontana y De Angelis, y un conjunto de masas verdaderamente admirable, fué del todo digna del esfuerzo realizado por el Maestro Puccini.

ENRIQUE GIORDANO, Junior.

---

## TEATRO NACIONAL

---

### « Los Mirasoles »

Pablo Podestá, ha inaugurado á principios del mes corriente, una nueva estación de teatro criollo, en el Moderno, bajo los mejores auspicios.

Desde luego, la primera velada ha sido coronada con un éxito más que recomendable.

Me refiero al estreno de la comedia sentimental « Los Mirasoles », del señor Julio Sánchez Gardell persona demasiado conocida en nuestros centros teatrales, para que intentemos hacer de ella una presentación.

Sánchez Gardell, ha tocado en « Los Mirasoles » la misma cuerda provinciana que tan buenos éxitos le ha proporcionado en obras anteriores, y naturalmente lo ha hecho con acierto. Esta es al menos la opinión que manifestó el público.

El tema de la comedia es harto simple. La protagonista, una niña provinciana, joven, bella, sueña desde el alejamiento de su vieja casa solariega con otra vida brillante, de actividad social, de elegancia, de gran mundo: Buenos Aires con su brillo tentador la deslumbra. Un día llega á la lejana provincia cierto joven abogado porteño, quien lleva una pequeña misión política. La niña—Azucena—vé en aquel hombre de maneras mundanas y á quien la ingénuu fantasía de aquellas gentes atribuye una posición social brillante, el ideal de su vida. El «flirt» se inicia, y aquellos amoríos llegan á tornarse en un sentimiento formal. Se habla de matrimonio. Pero he ahí que el joven se ha complicado con la autoalucinación de las gentes de provincia, acerca de su alta posición social y desea sincerarse con Azucena descubriendo la verdad—una verdad para ella tan

ruda ó inesperada que acaso llegara á desvanecer sus sueños de felicidad. Pobre y principiante como es, apenas si desempeña la secretaría privada de un Ministro nacional.

Ama á la joven entrañablemente. De ahí su decisión de hablar francamente al viejo abuelo y partir luego. Hace lo primero, pero antes de lo último viene la inevitable explicación con Azucena. Esta, que se ha enamorado fuertemente del joven, renuncia á sus ideales y sigue amándolo. Al caer el telón final, según todas las probabilidades, los jóvenes enamorados van á casarse...

Salta á la vista que el señor Sánchez Gardell, no ha aprovechado con verdadera independencia su tema. Los dos primeros actos, hacen llegar el incidente á una situación tal, que la solución debe resolverse ó por el molde muy vulgarizado de «La alegría que pasa» ó por la trivialidad de una modestísima apoteosis al amor burgués y sencillo de los protagonistas.

En esta situación, es muy natural que el señor Sánchez Gardell, con un justo horror á las «coincidencias» se resuelva por la sentimentalidad de la última solución. Lo grave es que el autor, en el archivo no muy provisto de sus recursos técnicos, no ha hallado medio de llegar á su propósito sin falsear un carácter y ha elegido para ello el único que en su forma propia tenía un verdadero interés: el de Azucena, la protagonista.

Aquella niña alucinada de una vida de ciudad que no conoce pero que prevec, modestísima chica provinciana, nacida con el espíritu de la *demi vierge* que diría Prevost: en el último momento, en la última escena, comete la vulgaridad de renunciar á sus sueños viejos, persistentes, para rendirse al encanto de aquel amor que en fin de cuentas resulta casi colegial... Y he ahí como Sánchez Gardell en vez de seguir la línea interesante de su tipo—la ambición—rinde también su tributo á un lirismo amoroso que evoca el final de las novelas, cursis... Preferiríamos un final amargo, pero humano á esta dulzona transacción del buen gusto, destinada á adular las sentimentalidades de la sala.

Técnicamente «Los Mirasoles», es una obra hábil, aunque sin mayores novedades. De efecto seguro, sus escenas están trazadas con vigor, y acaso mejor combinadas que dichas.

De todas maneras, la obra merece un estímulo. La honestidad de pensamiento y la realización son su mérito principal y constatándolo, entendemos tributar el mayor elogio á su autor en una época de crisis verdaderamente lamentable para nuestra producción de teatro local.

«La eterna prosa»

Si el señor Cayol, supiera contener los impulsos de su frondoso lirismo, conseguiría lo que le falta para ser un comediógrafo de fuerza y de éxito. Su obra «La eterna prosa», estrenada días pasados por la compañía Podestá en el Apolo, tiene ante todo las desventajas de esa frondosidad excesiva. De ahí que la acción reducidísima de ella se diluya en un constante discreteo. Influye no poco en este efecto, el estiramiento de los dos primeros actos, cuyos acontecimientos el autor pudo sencillamente sintetizar en un sólo capítulo teatral. Condensados así los primeros actos, el autor nos hubiera presentado un díptico bello y vigoroso de contraste.

Es preciso, sin embargo, convenir en que el autor conoce profundamente los gustos de su público, y sabe, donde éste lo exige recargar la nota sentimental, dulzona á veces, de su prosa incorregiblemente poética.

«La eterna prosa» es, indudablemente, un nuevo éxito del señor Cayol, aunque no un progreso en su repertorio.

La mano del escritor no se muestra todavía suficientemente segura para trazar el conflicto de una obra en tres actos; de ahí su economía de incidentes y de personajes.

Debe considerarse, sin embargo, «La eterna prosa», por la honestidad de su género, por la inteligencia de su argumento, y por la modestia de su intención, como un nuevo título que coloca al señor Cayol entre nuestros autores de primera línea.

La interpretación ha contado por parte de los actores con toda la buena voluntad que, según es notorio, no basta en empresas de arte.

«¿Hizo Bien?»

No parece sino que el señor Juan José Soiza Reilly pensara en dedicarse á la literatura. Hasta ahora solo le conocíamos desde el punto de vista de sus éxitos como repórter de revistas gráficas.

El estreno de su obra «Hizo bien?», realizado con afortunadísimos desórdenes ó incidentes, prueban en el joven repórter aficiones teatrales que no le sospechábamos, y que será bueno alentar.

Su obra de iniciación no es naturalmente una obra perfecta. Si el autor consigue agregar á sus argumentos alguna discreción y una mediana lógica, puede aspirar á la misma boga callejera que le dieron sus reportajes europeos.

Es lástima, sin embargo, que la filosofía de Sancho, no cuadre bien en el temperamento juvenil del señor Soiza; de ahí el fracaso de éste, y acaso de sus próximos ensayos teatrales.

El señor Soiza tiene, sin embargo, una habilidad en que supera á todos sus colegas del teatro: maneja la reclame en una forma verdaderamente admirable, y esto es, entre nosotros,—pueblo joven, pueblo moderno—la mejor garantía de éxitos literarios.

NICOLÁS BARROS.

---

## BIBLIOGRAFÍA

---

### “Jardines Solos”, por Arturo Capdevila.—Córdoba.

¡Ah, las dedicatorias! Si los autores comprendieran lo que ellas representan, si llegaran á advertir todo lo que sugieren y todo lo que insinúan, pondrían, sin duda, más cuidado al elegir las. Por que lógicamente debemos suponer que quien dedica un libro á determinada persona, quiere significarle con ello, en forma pública y perdurable, su admiración, su amistad ó su simpatía. Y si el sujeto que recibe tal homenaje goza de alguna popularidad y es de historia difundida, resulta natural que el lector se forme, con respecto á la obra, un prejuicio, adelantado por los antecedentes ó las calidades de aquel, é inicie la lectura prevenido en su favor ó en su contra. Claro está que no entran en cuenta los ironistas. Cuando existe una segunda intención ó un propósito de chanza, la cosa cambia de aspecto. José Ingegneros, por ejemplo, dedicó sus *Dos páginas de psiquiatría* al portero de la Facultad, y á nadie se le ocurrió pensar, ni por un instante, que el distinguido médico fuera un admirador de tan ilustre personaje. Pero el señor Arturo Capdevila no es ironista: es sencillamente ingenuo. Sólo así se explica que, muy en serio, ofrezca sus *Jardines solos* al doctor Estanislao S. Zeballos, expresándole sus sentimientos de fino amor y respeto, y cantando su gloria barata en sonoros alejandrinos. ¡Loado sea Dios! ¿Es posible que aún se vean estas cosas? Escuche un momento el buen lector:

Porque vos tenéis algo de esos grandes señores  
que abrían sus castillos solo á los trovadores;  
ítem: porque alzáis noble y alado el pensamiento,  
como lo enseña el ave y lo practica el viento;  
ítem: porque mañana viviréis en la Historia  
eternizado en mármol, ó perpetuado en gloria,  
he compuesto este libro y os lo presento á vos,  
yo, trovador de amores, por la gracia de Dios...

¿A qué comentar estrofa tan deliciosa?

Dominados por ella y por las subsiguientes, empezamos á leer el libro del señor Capdevila con una amable sonrisa en los labios. ¿Qué habría más allá de ese interesantísimo pórtico? Pero recorrimos algunas páginas, nos detuvimos en varias composiciones, y á poco *Jardines solos* había conseguido cautivarnos. Es una colección de poesías sencillas, rebosantes de sentimiento y emoción, cinceladas con verdadero amor de artista. Capdevila ha revelado cualidades poco comunes. Traduce sus sensaciones en versos fáciles, y pone en ellos tanta sinceridad, se complace tanto en buscar bonitos efectos de ritmo y de rima que sus composiciones impresionan por lo sentidas y seducen por lo bellas. No pretende deslumbrarnos con rebuscamientos artificiales ni excesos de originalidad. Dice espontáneamente sus sentires y exterioriza sus ensueños con soltura y gallardía. Es un poeta menor, un buen muchacho sentimental que ha cantado sus íntimos poemas en una manera simple, agradable y armoniosa.

**“El libro de Horas” por Fernán Félix de Amador. — Paris.**

Temas crepusculares, surtidores, fuentes canoras y lagos encantados; parques y jardines propicios al amor; riu-señores, cisnes, rosas, silencios nocturnos, paisajes de otoño, suaves melancolías; discretas aventuras, plenilunios leves, faunas, sátiros, ninfas y sonos de siringa: toda la inspiración delicada, exquisita, y enfermiza de los simbolistas. Tal es la síntesis del libro de Amador, á quien ha interpretado con elegancia incomparable uno de los más sutiles artistas argentinos: Rodolfo Franco.

Durante la lectura, hemos evocado muchas veces los versos divinos de Lelián:

... Au calme clair de lune triste et beau,  
qui fait rêver les oiseaux dans les arbres  
et sangloter d'extase les jets d'eau,  
les grands jets d'eau sveltes parmi les marbres...

*El libro de Horas*, es un ramillete de mustias flores parisienses que traduce las inquietudes de un espíritu refinado y selecto y nos permite entrever la figura de un lírico excepcional, cuyo talento y cuya sensibilidad quedan ahora malogrados por las exageraciones modernistas, tan deplorables y desgraciadamente tan comunes.

Amador no ha podido librarse todavía de influencias muy evidentes. En las páginas de su libro notamos á cada instante la presencia de los grandes maestros: desde Verlaine, Laforgue, Rodenbach y Moreas, hasta Lugones y Darío. Y como es natural, lo que hay de admirable en la producción de éstos, no puede mantenerse en las imitaciones, siempre ineficaces cuando resultan demasiado visibles.

A pesar de todo, el autor de *El libro de Horas* posee condiciones que más adelante han de proporcionarle hermosos triunfos. Cuando se abandona á su sinceridad logra acentos singularmente felices. Es un artista triste y sensitivo que ve las cosas á través de su amable pesimismo. El nos lo dice:

Es un viejo molino  
que optó por el silencio de lo gris...  
Probó todos los vientos  
En su raro destino,  
Y so paró por fin.  
Yo fui como el molino...  
Probé todos los vientos  
Y todos los caminos,  
Y me paré por fin.  
En mi raro destino,  
Soy triste y soy feliz.  
He comprendido el fino  
Lenguaje de lo gris...

Algunas de sus poesías tienen el encanto profundo y misterioso de un paisaje de Rusiñol:

Hay una larga avenida  
de tilos, y allá á lo lejos  
una fuente ya dormida  
en éxtasis, finje espejos  
de ilusión, donde los cielos  
se duplican al amor  
de mis extraños anhelos  
de infinito y de color.

Otras hay, llenas de gracia y distinción:

Por la esbelta avenida de las acacias,  
Donde Octubre difunde ténues aromas,  
Pasa una caravana de aristocracias,  
En la suave manera de las palomas.

En su conjunto, *El libro de Horas* constituye una bella realización. Los versos de Amador armonizan magníficamente con los dibujos de Franco, verdaderas obras maestras que merecerían por sí solas un estudio detenido.

**“Colección Ariel” San José de Costa Rica.**

Desde Costa Rica nos llegan los ocho primeros volúmenes de la *Colección Ariel*, epitomes de literatura antigua y moderna, que se editan bajo la dirección de Joaquín García-Monje, uno de los más distinguidos literatos costarricenses.

La obra de cultura en que se halla empeñado este escritor, merece el más decidido aplauso. Los pequeños folletos de la *Colección Ariel* difunden entre el pueblo una cantidad de conocimientos útiles y sencillos que á la larga tienen que producir naturales beneficios, y al mismo tiempo ponen al alcance de la mayoría las grandes obras literarias de todos los tiempos. Así vemos que el primer volumen nos ofrece fragmentos del *Diario* de Amiel, el segundo prosas escogidas de Manuel Gutiérrez Nájera, y los restantes una buena traducción del *Tolstoï intime* de Sergio Persky, una selección poética del inolvidable Isaías Gamboa, *El hombre y la tierra* de Reclus y *El canto de las Horas*, obra inédita de Roberto Brenes Mesén, psicólogo y poeta bien conocido entre nosotros.

*El canto de las Horas* está formado por una serie de meditaciones y fantasías, en las cuales el autor de *En el Silencio* ha unido á sus lirismos de artista sus reflexiones de erudito. Es un libro interesante y sereno, cuyas páginas, quizá excesivamente literarias, contienen mucha belleza.

ALFONSO DE LAFERRERE.

**“Visión de Paz” y “Calidoscopio”, por Angel de Estrada (hijo).**

Las dos nuevas obras que dejó al partir Angel de Estrada podrían, en otro lugar y con mayor reposo, provocar la crítica concienzuda y serena que el autor de «Redención» se merece. Habiendo llegado su personalidad literaria á la definición más completa, nada tan justo como estudiar con detenimiento su obra artística, por más de un motivo respetable y reveladora siempre de un delicado temperamento. Razones ocasionales más que voluntarias, nos impiden tentar ahora la crítica que desde tiempo atrás venimos pensando, en el propósito de caracterizar el arte de tan bello ingenio, acaso el más interesante de cuántos se ocupan en nuestro país y en nuestra América, en labor literaria.

Hasta ahora, salvo tal cual fragmentaria opinión ó amistoso homenaje, Angel de Estrada no ha sido juzgado con la detención que su obra requiere, tal vez por el carácter mismo de ella, demasiado refinada para dar lugar á sendos artículos encomiásticos. Para otro momento aplazamos el estudio que nos tenemos planeado. Ahora, como cumple á nuestra misión de cronistas, sólo daremos algunas ideas sobre su «manera» y sus dos últimos volúmenes.

Las buenas brujas, inspiradoras y consejeras, debieron decirle en propicia hora: «Poeta: tu misión es correr por el mundo en busca de la eterna belleza. En el trayecto, paisajes desconocidos y figuras ignoradas, te aparecerán bajo el finísimo manto de la perfección. Sean tu palabra y obra posteriores, impresión y confidencia, reflejo de tu alma y de tu arte». Y el soñador que oyó la insinuación de las brujas, vibra al contacto de la perfección eterna... Diríase que Estrada es el último peregrino de aquella columna que predicara el arte por el arte. Nada le inquieta, ni nada le fascina, fuera del más puro esteticismo. Reduciendo toda la actividad humana á su faz estética, bien se explican los méritos y deficiencias de su obra.

Ante todo, urge constatar un detalle importantísimo de la personalidad de Estrada y es que siente la belleza á través de otro temperamento. Las más celebradas páginas de «El color y la piedra», «Formas y Espíritus», «Redención», y «La Ilusión», son producidas por emociones de libros ó de museos. Y en verdad, que pocos como él han sabido comentarlos con tan verdadero arte. Por lo demás, como se ha observado en un estudio recientemente publicado, el hombre entra en su obra como pretextando tales comentarios. De aquí la frialdad que muchos tildarán á los libros de Angel Estrada, que no ha creado un personaje con la sabia psicología de Flaubert, por ejemplo, el maestro de los estilistas.

Tampoco ha sentido la naturaleza directamente, como podría hacerlo suponer su talento emotivo. Y si sólo á su prosa nos referimos, es evidente su falta de novedad que, sin embargo, la tiene en nuestro idioma, la de Valle Inclán.

Su obra da, ciertamente, la impresión de un espíritu selectísimo pero inclinado á un virtuosismo sin color. Nada en ella desentona, ni nada contradice: perfecta es la imagen como el concepto, la visión como el estilo, mas bien se constata que su calidoscopio no ofrece matices diferenciables. No hay escritor tan fácil de reconocer á primera lectura: una de sus páginas revela toda su obra.

Por esto nos inclinamos á creerle, más bien que «hombre de letras», en la amplia significación que la terminología presupone, un refinadísimo «dilettante», acaso el último príncipe de la artística nobleza que fundaran los florentinos del Renacimiento con León X ó con Lorenzo el Magnífico.

En cuanto á sus dos últimos volúmenes, no desmienten las características apuntadas, lo que no quita que sean ellos en extremo interesantes.

### **“Los Emigrantes”, por Eduardo Zamacois.**

El señor Zamacois, como la mayoría de los europeos que nos visitaran en gira de conferencias, ha dedicado un libro á la Argentina. No es él de impresiones, como en la mayoría de los que en tales casos se escriben: es una novela bien planeada y bien escrita. El autor de «Tick-Nay» que comulga, aunque no exageradamente, con el naturalismo, ha observado sus personajes y por ende, bien nos lo presenta.

La acción que se desarrolla en la travesía de un transatlántico, subraya la honda esperanza que anima á los emigrantes deseosos de tierras nuevas para el trabajo. En la descripción de los tipos y de las situaciones, Zamacois hace gala de su interesante habilidad en la observación del detalle.

Una buena novela es esta última del distinguido escritor y llena de profundo cariño por nuestra tierra y por nuestra vida.

### **“Desde las Aulas”, por Luis Méndez Calzada.**

No son muchos, ciertamente, los estudiantes universitarios que, como Luis Méndez Calzada, puedan al terminar sus estudios, ofrecer el bello ejemplo de una juventud intensamente vivida.

Pocas veces las aulas universitarias habrán premiado labor tan profícua como la del autor de este libro que sin ridículas pretensiones, insinúa cuanto puede la estricta disciplina intelectual en un ambiente de lamentable chatura. Por esto, Méndez Calzada, ejemplarizó las aulas con las virtudes de su voluntad y los prestigios de su carrera.

El volumen que ahora publica bajo los auspicios de sus compañeros, está constituido por una serie de temas estudiantiles que el autor trata con agilidad y buen gusto y por varios artículos y conferencias sobre motivos jurídicos.

Bien llegado sea este libro que, como dice el doctor Zeballos, su prologuista, es «feliz augurio de una vida fecunda para la inteligencia y para el progreso institucional de la República».

### Folleto.

—«*El problema nacional*», por Clodomiro Cordero.

La propaganda anti-argentina que emprendieran últimamente diversos publicistas y hombres de estado eminentes, sugirieron á don Clodomiro Cordero los artículos que constituyen este folleto.

Cuatro tópicos estudia el autor: la psicología del inmigrante, la conciencia nacional, la justicia y la instrucción pública, y la naturalización de los extranjeros. En cada artículo protesta con acalorado nacionalismo de las injustas afirmaciones vertidas sobre nuestro país, y pretende demostrar cómo el actual cosmopolitismo es causa antes bien que de inculcables ventajas, de mucho de los vicios institucionales que nos roen.

El folleto está escrito en buena prosa, ágil muchas veces y siempre sincera.

—«*Monólogos*», por Vicente Nicolán Roig.

Es una pequeña colección de composiciones estrenadas con éxito por aplaudidos autores nacionales y extranjeros. Hay en todas ellas sana espiritualidad, reveladora del simpático ingenio del autor de «Niñerías».

JULIO NOÉ.

---

## NOTAS Y COMENTARIOS

---

### Miccio Horszowski.

Desgraciadamente, la noticia dada por «*La Nación*», el día 20 de Junio último, se ha confirmado: Miccio Horszowski ha perdido la razón.

Como equivocadamente pudiera creerse, la triste nueva no nos ha tomado de sorpresa; para los que tuvimos la suerte de conocerle de cerca, este genial adolescente, de grandes ojos asombrados, pertenecía al número de *los prevenidos* de que nos habla Maeterlinck, de esos seres extraños que dispónense á vivir á toda prisa, cual si ya tuvieran aviso de que su paso por la vida sólo será muy breve. Y no se piense que al hacer esta afirmación nos guía el prurito de construir una frase sentimental alrededor de la desgracia que comentamos.

Al encontrarnos con Miccio Horszowski la última vez que vino á Buenos Aires, hace de esto precisamente dos años, pudimos constatar que había sufrido en su personalidad un brusco y absoluto cambio: á pesar de tener sólo diez y seis años, pese á la opinión contraria de los envidiosos, era ya todo un hombre, por la seriedad de sus actos, la profundidad de su pensamiento y su justo criterio para juzgar á los demás y á sí mismo. Quizás la muerte de su querida madre, que de golpe lo había puesto solo frente á los sinsabores de esta vida, con dos hermanitos menores de quienes se hizo cargo desde el primer momento, quizás su propio genio, le dieron esa clarividencia de su destino y ese afán de saberlo todo á fondo, cuanto antes, enseguida.

Advirtiendo que sus maravillosas interpretaciones de Chopin, Schumann, Grieg, Mac-Dowell, etc., no producían ya en el público las explosiones de entusiasmo de otrora, no porque su técnica fuera inferior ó su emoción menor,

sino únicamente porque ya no era el pequeño niño de la larga cabellera, había resuelto suspender sus *tournées* musicales, hasta tanto no estuviera en condiciones de imponer su nombre como compositor, á la altura que lo había hecho como intérprete. Y así lo hizo: á su regreso á París, desligándose de empresas y empresarios, compró una hermosa *villa* rodeada de jardines, en los alrededores de la ciudad y allí, en el aislamiento más absoluto, se dedicó con un ahínco aterrador, á estudiar música, literatura, filosofía, idiomas: en tres meses se recibió de bachiller en letras y al cabo de un año poseía ya, aparte de su idioma nativo, el griego, el latín, el alemán, el inglés, el francés, el italiano y el castellano.

En este período de aislamiento y de fiebre por el trabajo, sus únicas relaciones íntimas, y el que estas líneas escribe experimenta la satisfacción mezclada de orgullo de hacerlo constar, estaban constituídas por argentinas y argentinos, quienes en distintas ocasiones le han servido de madres, de hermanas y de hermanos.

Por exceso de estudio ha sucumbido, pues, uno de los pocos genios musicales del momento actual que, de no terminar tan lamentablemente su vida artística, no hubiera tardado en asombrar á los descreídos y en enorgullecer hondamente á los que fuimos devotos de su genio desde el primer instante.—A. A. B.

### Franz Von Vecsey.

Con gran éxito público este célebre violinista ha dado últimamente en el teatro Coliseo una serie de conciertos, interpretando, obras de Beethoven, Vieuxtemps, Paganini, Bach, Hubay, etc.

Las demostraciones populares de que ha sido objeto, atestigüan un cierto mérito indiscutible á sus interpretaciones, y así, toda crítica hecha á base de espontaneidad pura, debe serle favorable. Pero, la sanción general, como es sabido, participa más del entusiasmo que del análisis. Por eso debemos poner un reparo á aquellas demostraciones. Vecsey arrebató al público por el calor de sus dúos sentimentales, por la doble emoción simultánea, perfectamente sugerida, por la delicadeza y seguridad con que agota la paleta del matiz en las notas armónicas, tan rebeldes al apasionamiento de la mano. En uno de sus conciertos

ha tocado dos números que justifican ese aserto: la Canzonetta, de Tschaikowsky y «Humoreske», de Dworak. Prescindimos de incluir el aria de Bach, composición que por su sencillez técnica y melódica está al alcance de cualquier aficionado discreto, así como la página de Schumann.

Y estas obras, han sido, precisamente, su predilección. Toda vez que se le ha exigido un «bis», el artista se ha inclinado á estas composiciones de emoción pura y en donde la dificultad técnica desaparece. Chopin, Sarasate, Paganini, (este último no tanto) han sido los números especiales de todos sus conciertos.

Pero, tratándose de un artista de su significación, es necesario considerar también el grado de belleza que alcanza ejecutando piezas que por su carácter sean lo opuesto de aquellas con que consigue sobresalir. En efecto, en la Rapsodie Hungroise, de Huby, tocóle á Vecsey interpretar una página enérgica de grave vivacidad. Por de contado esto supone una dificultad interior para el artista que ha hecho llorar y cantar casi simultáneamente su instrumento. Y, entonces, no pudiendo ajustar su ánimo, completamente á una composición que debe ser para él algo como una sorpresa, trata de equilibrar con la violencia de la mano la intensidad de la emoción que le está prohibida. Y las cuerdas graves dan sonidos metálicos, la emoción se exagera, la nota pierde en brillo, «en música», lo que gana en fuerza. Llega á tan alta expansión en la nota enérgica que cuando debe conducir la frase á un «morendo», no puede menos que hacerla descender en forma brusca, sin gradación ninguna, de un salto, privándose á si mismo del placer de filar el matiz. En el «Trille du diable», sin embargo, ha encontrado, una oportuna aplicación su energía, porque en aquella la impetuosidad es sostenida y unital.

Este es, por otra parte, el carácter general del concierto en re menor, de Jean Sibelius, dedicado al violinista que nos ocupa.

En cuanto á la técnica de Vecsey, todas las comparaciones serian viciosas. Es un gran artista que posee tanto de Kubelik como de Thompson, y si alguna deficiencia tiene en realidad, débese, como hemos dicho, á una dificultad interior que no se subsana con las manos, sino con una lenta educación de las propias emociones, cosa que, demás está decirlo, sólo pocos hombres conseguirían. Conformémonos, pues, con haber aplaudido á un artista como Franz Von Vecsey, ya que al hacerse músico, no se ha propuesto vencer la fatalidad de su naturaleza. — J. P. C.

### M. Victor Margueritte.

Un público selecto concurrió á las conferencias que dió en el Odeón M. Victor Margueritte. El distinguido escritor francés, trató temas de crítica é historia literaria, analizando el origen de la novela y la evolución de la dramática contemporánea de Francia. Nada hay que agregar á lo ya dicho por la prensa sobre conferencias y conferencistas, sino significar la importancia que tiene para Buenos Aires la frecuente venida de altos representantes de las letras extranjeras. Poco á poco nos vamos imponiendo como obligación conocer cada año otra eminencia.

Fresco todavía el recuerdo de Anatole France y Clemenceau, nos honramos ahora con Margueritte, mientras ya nos preparamos para oír la palabra admirable de Jean Jaurés, el gran poeta del proletariado, apóstol valeroso de la justicia social.

Las conferencias de M. Margueritte, fueron una fiesta para la gente que gusta de las especulaciones intelectuales. La revista *Nosotros* le presenta el homenaje de su saludo.

### El «*Mercur de France*».

En *Le Temps* del pasado mes de Mayo, Remy de Gourmont, relató en un bello artículo los orígenes y los primeros años de existencia de una de las más difundidas revistas francesas, *Le Mercure de France*. Por ser esa historia un ejemplo de juvenil constancia, en una ardúa empresa de arte, no creemos hacer cosa exenta de interés, en transcribir á continuación algo de aquella reseña, tanto más tratándose de una publicación que con tan numerosos lectores y simpatías cuenta entre nosotros.

«El *Mercur*, surgió á fines de 1889, por iniciativa de un grupo de jóvenes sin relaciones, sin notoriedad, sin dinero. Los primeros números, que no pasaban de treinta y dos páginas, traían, en la cubierta de atrás, estas palabras: *La Pleiade, 2.º année*. Una primera *Pleiade*, cuya cubierta violeta la enlaza evidentemente al *Mercur de France*, así como á su redacción que permaneció más ó menos la misma, había sido ya fundada en 1886 por Rodolfo Dargens. En esta primera *Pleiade* fué donde René Ghill publicó su *Traité du verbe*. La entrega de Mayo trae el nombre de un escritor que deberá luego, conquistar gran fama en el mundo litera-

rio: el de Mauricio Maeterlinck. Pero, ¡cuántos son los que leyeron, en la *Pléiade* de 1886, el *Massacre des innocents*!».

El *Mercure* sólo volvióse simbolista hacia 1895. Hasta entonces, de todas las tendencias artísticas que acogió y defendió, la simbolista es la que peor está representada. Respecto á la fundación escribe el articulista:

«En el mes de Diciembre de 1889, uno de mis amigos me preguntó *ex-abrupto* si quisiera asociarme á algunos jóvenes que habían decidido fundar una pequeña revista titulada *Le Mercure de France*. Consintió De Gourmont, tanto más cuanto que habían hallado un buen director en Vallette. «Vallette,—decíale el amigo á De Gourmont—es un espíritu sólido, sin vuelos líricos, de visión neta, y que sabe estimar las cosas y los hombres según su valor. Con él no nos perderemos en las nubes, sino que permaneceremos siempre en contacto con la realidad». Las previsiones pronto se realizaron. El *Mercure* surgía sobre muy frágiles bases financieras y lanzábase á la conquista del mundo literario con un puñado de fuerzas intelectuales bastantes inciertas. Cómo recoger el dinero para fundar la revista? Haciéndose todos accionistas y pagando cinco francos por mes! Mayor cantidad no podían gastar, si se exceptúa al más rico, que pudo permitirse el lujo de subscribirse á cuatro acciones. La sostuvieron de esta suerte algunos años. Cubriendo á duras penas, con las escasas entradas de la subscripción y de la venta menuda, los serios *deficits* del presupuesto. Pero fueron tales el orden y la regularidad, tanto en la administración como en la dirección, que ya en su segundo año la revista pudo transformarse y mejorar notablemente. A ello contribuyó muchísimo también la obra de sus redactores y colaboradores: la de Laurent Tailhade en primer término, quien publicó en ella baladas de tal belleza, que le adquirieron al *Mercure* en el acto las simpatías del público; y luego la de Jules Renard, cuyas novelitas y bocetos pintorescos, fueron también un importante factor de éxito.

De aquella primera redacción del *Mercure* un sólo escritor era conocido: Rachilde, la autora de *Monsieur Venus*, novela de la cual Mauricio Barres acababa de alabar, con toda su precoz gravedad, la moral misteriosa... Pero, á medida que las entregas del *Mercure* aumentaban en volumen, también la fisonomía de la revista iba modificándose. Lentamente, pero con seguridad, se infiltraba en ella el simbolismo. Hacia 1895, después de cinco años de vida, en-

tre cincuenta revistas ó periódicos más, el *Mercure*, ya es la concentración, si no la síntesis, de la nueva literatura. . . Al año siguiente con la publicación de *Aphrodite* de *Pierre Louys*, el *Mercure* levanta el vuelo definitivo. «Con esta fecha, 1896,—dice Remy de Gourmont—puede cerrarse el primero y más glorioso capítulo de su historia».

Los restantes capítulos que De Gourmont no ha escrito, nuestros lectores no los ignoran: El *Mercure de France* es hoy día no sólo una gran revista, sino también una importante casa editora, que cuenta en su haber la publicación de varios centenares de volúmenes, entre ellos la traducción de las obras completas de Nietzsche.

### Exposición Nacional de Arte.

La Comisión Nacional de Bellas Artes ha resuelto realizar una Exposición Nacional de Pintura y Escultura, arquitectura y artes decorativas, y con tal fin ha aprobado el reglamento pertinente.

De él extractamos lo que sigue como lo más esencial:

Serán admitidas, después del examen de Jurado, las siguientes obras de arte:

Pinturas al óleo, acuarela y pastel.—Dibujos.—Grabados al buril y al agua fuerte y litografías.—Grabado de medallas.—Esculturas en yeso, mármol, bronce, madera, marfil y barro cocido, y en cera, siempre que se remitan con fanal.—Proyectos de arquitectura y artes decorativas.

No serán admitidas las obras siguientes:

Las que no pertenezcan á los géneros especificados en el artículo anterior.—Las que hayan sido exhibidas en exposiciones locales.—Las anónimas.—Las copias, aún las reproducciones de cualquier obra por diverso procedimiento, exceptuando los grabados, medallas y litografías.—Las que no sean de autores nacionales ó extranjeros con más de dos años de residencia en el país.—Los cuadros sin marco y las estatuas sin pedestal.—Las reducciones de obras ya expuestas.

Las obras destinadas á la exposición deberán ser enviadas al local de la Comisión Nacional de Bellas Artes (Arenales 687), desde el 20 de Agosto hasta el 30, todos los días hábiles, de 1 á 3 p. m., «siendo este plazo improrrogable».

Los autores no podrán enviar más de cuatro obras á la exposición, reservándose el jurado el derecho de decidir

si todas ó solamente algunas de ellas deben ser admitidas ó rechazadas, teniendo en cuenta el mérito de las obras y la condición del local. Serán consideradas como una sólo obra las reunidas en un marco, cuya mayor dimensión no exceda de un metro y 20 centímetros.

En cuanto á la admisión de los obras, será autorizada por un Jurado constituido de cinco miembros elegidos por la Comisión Nacional de Bellas Artes.

La exposición estará abierta todos los días—domingos y días feriados inclusive—de 9 a. m. á 5 p. m., durante un mes. La entrada será libre.

Las recompensas consistirán en nueve premios de tres mil pesos moneda nacional cada uno para las obras de los siguientes géneros:

- a) Pintura (tres premios).
- b) Escultura (tres premios).
- c) Proyectos de arquitectura (dos premios).
- d) Obras de arte decorativas (un premio).

Los premios serán discernidos únicamente á las obras de carácter nacional.

Cualquiera de estos premios podrá ser declarado desierto por el Jurado, pudiendo servir su importe para aumentar el número de las recompensas en los demás géneros. Los cuadros premiados, quedarán de propiedad de la Comisión Nacional de Bellas Artes, la que resolverá sobre el destino que deba dárseles.

Las demás disposiciones son reglamentarias de las precedentes.

### «Máscaras»

Nuestro amigo y colaborador, Carlos Alberto Leumann, ha dado á la publicidad una revista ilustrada de amplia circulación callejera, que constituye toda una novedad entre nosotros, en su género.

*Máscaras* se titula la nueva revista cuyas páginas á esta hora nuestro lectores habrán de seguro recorrido, y se consagra especialmente al teatro; pero, inspirada por un alto criterio, no sólo hace suyos los asuntos que tienen por marco el reducido de la escena, sino todos aquellos que son vida vivida, vida pasional, dramática por tanto. El teatro, sin embargo, así el nuestro como el extranjero, el moderno como el antiguo, son objeto en *Máscaras* de preferente atención.

Buenas firmas, buenas crónicas y buenas ilustraciones ha traído *Máscaras* en todos los números hasta ahora aparecidos: nuestros votos son porque su vida por venir responda á tan brillante iniciación.

### Florentino Ameghino.

Sin tiempo ya para rendir en este número el debido homenaje á la memoria de Florentino Ameghino, fallecido para luto de la patria y de la ciencia universal, debemos limitarnos á dejar constancia en estas líneas del profundo sentimiento de pesar con que hemos visto caer tempranamente á nuestro ilustre sabio, acaso el más grande escrutador del misterio del origen del hombre después de Darwin.

En el próximo número tratará extensamente de su obra vasta y genial, el doctor Salvador Debenedetti.

### Concierto Collin.

Hermoso y solemne fué el aspecto del Salón del «Operai Italiani», en la noche del 21 de Junio último, con motivo del concierto organizado por el reputado concertista y consumado profesor de piano señor Emilio Collin, quien somete, en esa noche un núcleo de quince señoritas de la alta sociedad bonaerense y tres caballeros, todos alumnos suyos, al fallo justiciero de los entendidos.

El religioso recogimiento con que la distinguida concurrencia escuchaba cada pieza, era solamente interrumpido por los francos aplausos que premiaban á los ejecutantes, y al final del concierto, el maestro Collin, fué llamado varias veces y tuvo que presentarse y agradecer la distinción de que era objeto.

Aquel tan querido, y á la vez tan temido dragón llamado «Piano», en este caso un «Blüthner», perdió en esta ocasión y bajo las hábiles manos de estas señoritas y caballeros, todo su terror y se convirtió en una fuente de sonidos y melodías brillantes que nos comunicaron un cuento lleno de sueños parecidos al del poeta Heine, con el que rodea los dos genios Chopin y Liszt. En esos momentos habló la música de la fantasía á la fantasía, la del sentimiento al sentimiento, acompañada por la claridad del espíritu y la inteligencia que sólo puede completarse con una memoria

segura y base de una técnica y mecanismo irreprochable, elegante y á la vez poderosa, fruto todo de un método sabiamente disciplinado.

Doy á continuación los nombres de los felices intérpretes con sus obras respectivas siendo las dos que fueron concedidas en mérito de los incesantes aplausos tributados el «Impromptu» de Schubert por la señorita Laura Müller y la «Fileuse de Raff», por el señor Manuel Sarmiento. C. S. L.

*1.ª parte.*—I Prélude N.º 15 Chopin, Sta. Amalia Heine. II. Etude de concert-Gotthchalk, Sta. Laura Müller. III. Barcarola en La Bemol-Del Ponte, Sr. Emilio Heine. IV. Tristes Argentinos N.º 4-J. Aguirre, Sta. Olga Corso. V. Menuetto en La-Paderewski, Sta. Martha Tremery. VI. Melodie chants du voyageur-Paderewski, Sta. Enriqueta Claussen. VII. Caprice espagnol Op. 74-Chaminade, Sta. Juana Vilmar. VIII. Venezianisches Gondellied de Mendelson y Solvejgs Lied de Grieg, Sta. Maria Baña. IX. Sevillana-Massenet, Sta. Emmy Vilmar. X. Tercer tiempo de la sonata Op. 7-Grieg, Sr. Emilio Heine. XI. Paraphrase-Saint-Saëns-Palhadile, Sta. Rufina Areco.

*2.ª parte.*—I. Mazurka Op. 33 N.º 4 y Valse Op. 70 N.º 1-Chopin, Sr. Carlos Lottermoser. II. Zysenic Variations-Chopin-Liszt, Sta. Zelmira Silva. III. Page d'Album-Schumann, Sta. Elvira Müller. IV. Menuetto en Si Menor-Schubert, Sta. Margarita Siegerist, V. Scherzo en Mi Menor-Mendelssohn, Sta. Laura Müller. VI. Pièce lyrique Op. 43 N.º 5-Grieg, Sta. Marie Friedrichis. VII. Valse en Mi Menor-Chopin, Sta. Lula Gsell. VIII. Marche funèbre-Chopin, Sta. Enriqueta Claussen. IX. Ballade en La Bemol-Chopin, Sr. Manuel Sarmiento.